

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

la muerte de un ángel

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA MUERTE DE UN ANGEL

Colección PUNTO ROJO n.º 492
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 27.943 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1971

© BURTON HARE - 1971
sobre la parte literaria

© DESILO - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.094 — La primera bala.

En Colección PUNTO ROJO:

481 — La desaparición del teniente Miller.

CAPÍTULO PRIMERO

La rubia terminó su actuación, dejando que los clientes del local gozaran por unos instantes más de su soberbia anatomía, y luego, sonriendo, se retiró por entre los cortinajes de terciopelo.

Los aplausos la siguieron mientras iba pasillo adelante. Sólo que entonces la sonrisa ya no estaba en sus labios, y en el bello rostro no quedaba más que una expresión de hastiado cansancio.

Se cruzó con las muchachas que iban a interpretar el siguiente número, todas alegres y ligeras de ropa.

Abrió la puerta de su camerino y entró, dejándose caer cansadamente en el taburete que había frente, al tocador.

Mirándose al espejo se dedicó a sí misma una mueca desagradable.

Después, comenzó a librar su bello rostro del pesado maquillaje.

Entonces llamaron a la puerta y suspiró. Dióse cuenta que estaba casi desnuda, y, levantándose, se echó encima una ligera bata azul.

—¡Entre! —exclamó destempladamente.

Se abrió la puerta y entró una mujer de cuerpo soberbio, alta y hermosa, de larga cabellera rubia ceniza.

La bailarina dio un respingo y su mirada se iluminó.

—¡Nicole! —exclamó, con evidente gozo.

—¡Lou, querida!

Se besaron, mirándose como si cada una quisiera descubrir en la otra los estragos del tiempo.

—¡Estás mejor que nunca! —reconoció la bailarina sin titubeos.

—Me cuido mucho... Tampoco tú has cambiado nada, Lou.

Ésta esbozó una mueca.

—Por fuera no —murmuró—. Por dentro es todo muy distinto. Pero olvidemos eso. ¿A qué se debe que te hayas acordado de mí después de estos años?

Nicole la miró, un poco sorprendida.

—Bueno, ¿no recuerdas en qué mes estamos?

—¡Oh, ya veo!

—¡La boda de Claire, por supuesto! Pensé que debíamos ponernos de acuerdo para asistir todas nosotras juntas. Estoy segura que todavía causaremos sensación.

Louisa Cobb, la hermosa bailarina, asintió con un gesto.

—Me parece una buena idea. ¿Has hablado con las demás?

—No con todas, pero aún tenemos unos días por delante. He de localizar a Ann, a Vicky y a Sandra, aunque a esta dudo que pueda conseguirlo. Tú sabes cómo desapareció después de que nos separamos.

—Pobre muchacha... Me gustaría muchísimo volver a verla.

—Y a mí. Y a las demás debe ocurrirles igual. De todos modos, la buscaré. ¿Crees que podrás ayudarme en estos días que faltan para la boda de Claire?

—Bien, por lo menos lo intentaré.

—Estoy segura que le daremos una gran alegría a Claire cuando nos vea a todas juntas en su boda.

Louisse volvió a sentarse ante el tocador.

—Háblame de ti, ¿qué has hecho en estos años, Nicole?

—Nada interesante. Sólo me convertí en mujer de negocios. Algo muy aburrido, créeme. Hay ocasiones en que echo de menos los viejos tiempos.

—Yo no... Deseo cambiar. Estoy cansada, Nicole.

Ésta se le acercó, observándola con ojo crítico.

—¿Te va mal acaso? Éste es uno de los locales más lujosos de la ciudad. Deben pagarte muy bien para trabajar aquí.

—No me quejo de la parte monetaria de mi trabajo, sino de mi trabajo mismo. Pero estábamos hablando de ti. ¿No te casaste?

—¡Qué pregunta! Quedamos que cuando una de nosotras se casara, todas las demás asistiríamos a la boda como damas de honor. No, querida... Claire es la primera. A excepción de Sandra, por supuesto.

—Sí, claro... ¿Vives en la ciudad?

—Tengo un buen negocio en Los Ángeles. La boda de Claire ha sido una excusa para tomarme unas cortas vacaciones.

—Bueno, dime quién es el novio. Tú debes saberlo, Nicole.

—Todo lo que sé es que se llama Dan Carrol y que tiene un buen

empleo en una gran agencia de publicidad.

—Espero que Claire tenga más suerte que Sandra...

Nicole se estremeció.

—Yo también lo deseo. Después de lo sucedido, Sandra quedó destrozada, pobre muchacha.

—Voy a cambiarme de ropa, Nicole. Si no te importa esperar unos minutos saldremos juntas, ¿quieres?

—Será estupendo. Como en los viejos tiempos, ¿eh? Incluso podremos encontrar un buen sitio para cenar. Te confieso que estoy hambrienta esta noche...

Louisse Cobb sonrió ante la burbujeante alegría de su compañera.

Se quitó la bata, y su espléndido cuerpo hizo pensar a Nicole que, físicamente, su amiga no había cambiado en absoluto desde los tiempos en que actuaba con ella, y las otras muchachas que ahora iban a reunirse, en el centelleante espectáculo teatral Mil Estrellas.

La bailarina la miró y una pálida sonrisa aleteó en sus labios.

—Ya te he dicho que por fuera no he cambiado mucho... —murmuró.

—Te envidio. Eres tan bella como entonces. Excepto Sandra, jamás vi otra mujer que pudiera comparársete...

Louisse procedió a vestirse lentamente, dejando vagar su imaginación hacía tiempos pasados.

Sin saber por qué, sintió deseos de llorar. El tiempo pasa y no vuelve, y las cicatrices que deja jamás se borran a pesar de todos los esfuerzos. Entonces cayó en la cuenta de que ella no conservaba ninguna cicatriz del pasado, y quizá ese descubrimiento aumentó su amargura.

Terminó de vestirse y las dos muchachas abandonaron el esplendoroso club nocturno.

Alan Kent abrió la puerta de su apartamento y dejó que la espectacular rubia entrara. Luego, siguiéndola, cerró la puerta asegurándose de que encajaba el pestillo. No quería inoportunas interrupciones esa noche.

—Ponte cómoda, querida —murmuró—. Estás en tu casa, aunque eso suene a frase convencional.

—Tienes un nido muy atractivo, Alan —runroneó la muchacha.

Era casi tan alta como él, de largas piernas y dignas de una

bailarina y un cuerpo prieto y sinuoso que enfundaba un vestido tan ajustado que apenas dejaba lugar para la imaginación.

Él la miró aprobadoramente.

—Es acogedor, ¿no te parece?

Ella rió, asintiendo.

Había un pequeño bar en un rincón. Kent preparó unos vasos, pulsó un botón y una música suave surgió de alguna parte llenando la estancia con una catarata de melodías.

—¡Eh! —exclamó la rubia—. ¿Cómo lo hiciste? Ese truco apuesto que siempre te ha dado buenos resultados.

—¿Qué truco?

—La música suave, las bebidas y cuando una menos lo espere las luces se apagarán y tú estarás junto a la chica para guiarla en la oscuridad.

—No exageres, nena —gruñó Alan Kent, molesto.

—Desde que te vi me di cuenta que eras un seductor profesional, cariño.

—No me digas.

—Aunque no me importa. A veces, una chica desea ser seducida.

—¿Qué chica?

—No seas tonto.

Le entregó su vaso y ambos bebieron unos sorbos, mirándose especulativamente.

La música seguía convirtiendo el ambiente en un melódico ensueño. Lejos, más allá de los ventanales, los millares de anuncios multicolores de la ciudad parpadeaban como un infierno que se hubiera vuelto loco.

Y de repente, la luz del techo se apagó y sólo quedó la suave y tamizada que había en un rincón, junto al bar.

La rubia dejó escapar una risita.

—¿Qué te dije? —Runruneó.

Él le rodeó la cintura con sus brazos y la besó ligeramente.

—Tienes el don de adivinar el porvenir, primor —murmuró.

—¿De veras lo crees?

Él la besó otra vez, ahora con un poco más de entusiasmo. Ella levantó los brazos sin abandonar el *whisky* y los enredó en su cuello.

—Voy a confesarte una cosa, cariño —runruneó.

El esperó a oír la anunciada confesión, pero antes que la muchacha hablara, el timbre del teléfono comenzó a escandalizar rompiendo el encanto del momento, estropeando el efecto musical y todo lo demás.

Ella exclamó:

—¡Déjalo que suene!

—Me pone nervioso.

—Yo debería ponerte nervioso y no el teléfono, querido.

Quien fuera que llamaba no parecía dispuesto a abandonar. El sonido del aparato se repetía una vez y otra, incesante.

Al fin, Kent se desprendió de los brazos de la muchacha y fue hacia el teléfono. Lo descolgó de un zarpazo y gritó:

—¡Está bien, está bien! ¿Qué pasa, hay fuego o algo así?

—¿Kent?

—¿Quién otro podría ser en mi propio apartamento?

—¿Qué diablos le sucede, hombre? Aquí Lance.

—¿Quién? No conozco a nadie de ese nombre. Si es todo una broma no pudo ser más inoportuno, maldito sea.

Y colgó de un golpe.

Ella rió, satisfecha.

—Le trataste como se merecía —aprobó—. Romper nuestro recién nacido idilio...

—Apura ese vaso mientras preparo el siguiente, ¿sí?

—Tú quieres hacerme volar con esta dinamita.

—Eso es justamente lo que quiero.

Se disponía a preparar otras raciones de licor cuando el teléfono volvió a dar señales de vida escandalosamente.

Alan masculló un juramento y lo descolgó con violencia.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Oiga, Kent! —rugió la voz—. No sé si está borracho o qué diablos le pasa, pero sea lo que sea no le consiento esos desplantes conmigo.

—Pero, bueno, ¿quién infiernos es usted?

—¡Lance!

—Otra vez...

—De la firma West, Mody y Lance.

Kent dio un salto.

—¡Oh! —jadeó.

—Celebro que su cerebro empiece a funcionar.

—Lo siento. No caí en la cuenta la primera vez.

—Estoy en mi oficina, Kent. Le aguardo dentro de treinta minutos.

—¿A estas horas? Oiga, sea lo que sea que desee usted hacer, puede esperar a mañana. Tengo un asunto importante entre manos y...

—Ni será tan importante como nuestra cuenta en su oficina.

—Bueno...

—Treinta minutos, Kent. No voy a pasarme aquí toda la noche.

—Está bien.

Su comunicante colgó y él hizo lo mismo, disgustado.

Desde el bar paró la música y guardó la botella.

—Lo siento, nena —murmuró—. Habrá de ser otra noche.

La rubia dio un respingo.

—¿Quieres decir que es más importante ese tipo del teléfono que yo?

—Yo no lo diría así.

—Entonces, mándalo al diablo, querido.

—No puedo.

—¿Por qué no? —bufó la muchacha.

—Porque es uno de los que contribuyen a sostener este apartamento de lujo, entre otras cosas. Vamos, te llevaré a casa.

La mirada de la rubia centelleó.

—¡Nadie me había plantado nunca y no vas a ser tú el primero!

Él se encogió de hombros.

—Lo siento, de veras, primor...

—¡Al infierno contigo!

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta balanceando violentamente las caderas. Cuando llegó a la salida advirtió que todavía llevaba el vaso en la mano y, volviéndose, lo arrojó con toda su fuerza contra Kent.

Éste ladeó la cabeza y el vaso se estrelló en la pared, detrás del pequeño bar. Una mancha de licor apareció en el costoso papel, y Alan chasqueó la lengua, disgustado.

Ella cerró de un violento portazo que hizo temblar los cristales.

Kent dio un vistazo a los cristales rotos del suelo, hizo una mueca y a su vez se encaminó también a la salida.

Empezó a reflexionar sobre las mujeres.

Ni con toda su enciclopédica experiencia llegaba a comprenderlas todavía.

Mientras descendía en el ascensor empezó a pensar en el señor Lance y en su inoportuna llamada.

Entonces descubrió que sentía terribles deseos de estrangularlo, a pesar de ser el miembro más joven de la firma legal West, Mody y Lance, abogados.

CAPÍTULO II

Había cuatro hombres en torno a la mesa redonda, y más allá, junto a la ventana, otro que contemplaba distraídamente el hermoso espectáculo de la bahía y el Golden Gate centelleante de luces, que se reflejaban en el agua como luciérnagas doradas.

Sobre la mesa, semejante a un juguete, había una gran maqueta representando varias calles flanqueadas de edificios, jardines y casas de una sola planta. Un barrio residencial y tranquilo a juzgar por el aspecto.

En las calles habían colocado algunos coches en miniatura para dar mayor realismo a la ficción.

Uno de los hombres dijo:

—No puede fallar, Ruy.

Ruy Galesy, el cabecilla del grupo, sonrió:

—No fallará si todos hacemos únicamente lo que está acordado, «todos», ¿oíste, Flynn?

El hombre corpulento que permanecía junto a la ventana se volvió.

Era gigantesco, de poderosos músculos y cabeza pequeña.

Cloqueó una respuesta entre dientes.

—¿Qué dijiste? —le espetó Galesy.

—Tú mandas —tartajeó Flynn—. Pero si hay jaleo no me pidas que me esté quieto recibiendo tortazos.

—No habrá jaleo —bufó el cabecilla—. Y si surge alguna dificultad yo te diré lo que tienes que hacer.

—Está bien, hombre, está bien...

Galesy refunfuñó algo desagradable y luego se encaró con otro de los reunidos.

—Tú, Evans, conducirás la camioneta —dispuso—. Tal como hemos discutido muchas veces, la estacionarás un poco más allá de la esquina... de «ésta» esquina —señaló en la maqueta un lugar

determinado y esperó a recibir la respuesta afirmativa de su compinche antes de añadir—: Inmediatamente después la abandonarás, sin olvidarte las llaves.

—Entendido. Cuando deje la camioneta pondré en marcha el coche que tendremos aparcado allí mismo.

—Justamente. El coche deberá quedar al otro lado de la camioneta, a fin de que ésta no nos estorbe a nosotros para escapar.

—También eso ha quedado claro.

—Bueno, no se pierde nada por remacharlo una vez más. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer tú, Dusty?

El aludido cabeceó.

—Hughes y yo nos ocuparemos de los dos tipos del furgón. Gases lacrimógenos a la cabina para empezar, y si se resisten todavía, un poco de plomo. Entramos en la cabina del furgón. Hughes se encargará de arrojar a los dos tipos fuera del asiento y yo abriré la portezuela interior a fin de penetrar en la parte acorazada del furgón.

—Exacto. Flynn y yo cubriremos toda la operación para acudir al lugar que haga falta y alejar a cualquier entrometido que tenga la mala idea de meter la nariz donde no debe.

Flynn gorjeó lleno de satisfacción.

—De eso me encargaré yo... te aseguro que no...

—¡Cierra la boca!

—Bueno, solo...

Galesy bufó, fastidiado, y añadió:

—Todo tiene que estar hecho en un par de minutos. No tendremos más tiempo que éste, ¿entendido?

Asintieron en silencio, un poco aburridos.

—¿Olvidamos algo? —insistió el cabecilla.

—Los guantes —dijo Evans.

—Ni más ni menos. Los guantes. No podemos dejar huellas en la camioneta ni en el furgón.

Se levantaron, comentando el próximo golpe que iba a hacerles ricos de una vez por todas. Algunos encendieron cigarrillos.

Galesy recomendó todavía:

—Hasta el día del asalto, nada de bebidas ni de mujeres. Una pequeña indiscreción sería suficiente para echarlo todo a perder. Y eso va especialmente para ti, Flynn. Abre tu boca donde no debes

y te la cerraré de una vez por todas.

—¿Crees que soy tan idiota? No diré una palabra a nadie de esto.

Galesy sacudió la cabeza. No estaba muy seguro del gigante. Tenía músculos de sobra, pero estaba dotado del cerebro de un mosquito.

Entonces, Dusty refunfuñó:

—¿A la chica habrá que darle parte del botín o no?

Galesy se sintió magnánimo:

—Le daré algo de la parte que me corresponda. Eso será suficiente.

Evans refunfuñó:

—Nunca me gustó meter mujeres en estos negocios.

Ruy Galesy le dirigió una mirada que no auguraba nada bueno.

—No metemos ninguna mujer en el negocio —gruñó—. Marge sabe hasta dónde puede meter la nariz y hasta dónde no. Por otra parte, ella ignora por completo los detalles del asunto.

Evans no pareció muy convencido, pero calló, porque sabía muy bien que no era saludable desafiar a Galesy.

Sólo Dusty se atrevió a preguntarle:

—¿Dónde está ahora?

Galesy sonrió.

—La mandé a dar un paseo. No volverá hasta que me haya quedado solo aquí.

—¿Ella ha visto la maqueta alguna vez?

—Oh, seguro que la vio. Pero maldito si entiende una palabra de su significado. Sería incapaz de decir a qué ciudad corresponde, y menos todavía qué lugar de la ciudad. Tiene los sesos de un pájaro.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —concedió Hughes.

—¿Algo más?

No hubo más discusión y, uno tras otro, los confabulados fueron abandonando el apartamento de Ruy Galesy, saliendo a intervalos para no llamar la atención.

El último en desaparecer fue Flynn, tras el cual, Galesy cerró la puerta con cuidado, echándole la llave.

La mujer se detuvo en la esquina y miró a su alrededor.

Nadie le prestaba atención.

Suspiró con alivio y entró en una cabina telefónica. Introdujo

varias monedas y marcó un número después de consultarlo en un pedazo de papel que sacó del bolso.

Oyó el timbre llamar al otro extremo de la línea. Estaba serena, tranquila, pero no por eso olvidaba las precauciones, y de vez en cuando dirigía frecuentes miradas más allá de los cristales.

Al fin oyó el chasquido y una voz de mujer que preguntaba:

—Sí, ¿quién habla?

—¿Eres Claire?

—Sí, Claire Benedit...

—Aquí Sandra, querida.

—¡Sandra! ¡Dios santo, cuánto me alegro de oírte! ¿Vas a venir a mi boda?

—¿Por qué crees que te llamo? Claro que voy a ir... Porque imagino que asistirán todas las demás, ¿no?

—¡Efectivamente! Nicole se encargó de buscarlas a todas. Precisamente estábamos muy preocupadas porque no sabíamos dónde encontrarte... ¡Sandra, qué alegría me das!

—Bueno, ya puedes decirles que cuenten conmigo. Ahora debo colgar, querida... están esperándome.

—Está bien, pero ¿cuándo nos veremos? Me gustaría tanto charlar un poco contigo antes de la ceremonia, Sandra...

—Trataré de arreglarlo y te llamaré con tiempo. Adiós, querida. Y te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias...

—Adiós.

Colgó. Se recostó contra los cristales y cerró unos instantes los ojos. Después, reaccionando, abandonó la cabina y se alejó por la acera, internándose por un callejón oscuro, salpicado de grandes cubos metálicos llenos de basura.

Casi al final, allí donde una calle más ancha lo cortaba, la mujer entró en un portal y subió los peldaños de una vieja escalera que chirriaban a cada paso.

Abrió una puerta del segundo piso, entró y la cerró antes de encender la luz.

Era un apartamento impersonal, reducido y amueblado con extremada sencillez. Uno de esos lugares que se rentan amueblados y que jamás guardan ni un detalle de la personalidad de quien lo habita.

Sandra permaneció unos instantes quieta en el pequeño vestíbulo. Sobre la puerta, inclinado en un ángulo absurdo, había un pequeño espejo en el que, con toda nitidez, se reflejaba la visión del rellano de la escalera, al otro lado de la puerta.

La muchacha se internó en el apartamento. Tenía una figura verdaderamente sensacional, con prietas curvas y largas piernas, y sobre toda ella una cabeza de negra cabellera que en otro tiempo fue orgullosa, pero que ahora reflejaba sólo la amargura del fracaso.

Sus ojos carecían de brillo y los labios que fueran incitantes no mucho tiempo antes, poseían ahora un rictus de hastío.

Cansada, dejóse caer en una butaca y echando la cabeza atrás cerró los ojos.

Permaneció varios minutos completamente inmóvil, relajada, abandonada a sí misma y a sus pensamientos.

Después, se levantó, dio un corto recorrido por todas las pequeñas dependencias del apartamento y nuevamente se encaminó a la puerta.

Antes de abrirla volvió a mirar al espejo disimulado encima del respiradero. Vio el rellano pobremente iluminado, y el inicio de las escaleras.

—Ojalá esta ratonera no falle —musitó, hablando consigo misma.

Salió y bajó resueltamente las escaleras, saliendo a la calleja y recorriéndola de nuevo en toda su longitud.

Al llegar a una calle más iluminada consultó el reloj. Tenía tiempo, así que no se apresuró, mezclándose entre los noctámbulos que llenaban las aceras en busca de un lugar de diversión donde alegrar la noche.

Ella no buscaba diversión alguna.

O quizá sí.

Porque vengarse podía llegar a ser divertido también.

Y eso era justamente lo que ella deseaba: Venganza.

Aunque nadie pudiera adivinarlo, aquella mujer espectacular que obligaba a volver la cabeza a los hombres y provocaba miradas llenas de desprecio a las mujeres, encarnaba la muerte.

CAPÍTULO III

Alan Kent se detuvo junto a la secretaria y enarcó las cejas.

—¡De modo que también a usted la han sacrificado!, ¿eh?

Ella asintió.

—No es la primera vez —murmuró resignadamente—. Una se acostumbra.

—¿Sabe usted de qué se trata esta vez?

—Ni idea, señor Kent.

Era una mujer de edad mediana, aspecto eficiente y carente de todo atractivo, lo cual indicaba que sólo estaba allí por su extraordinaria valía profesional.

Kent sacudió la cabeza.

—Bueno, anúncieme a ese negrero —pidió—. Veré si le retuerzo el pescuezo para que usted pueda irse a casa.

—Se lo agradeceré mucho.

Manipuló en el intercomunicador y anunció la llegada del visitante. La voz profunda del miembro más joven de la firma retumbó ordenando que pasara inmediatamente.

—Ya lo oyó —dijo la secretaria.

Kent empujó la puerta de la oficina del abogado y entró.

Lance era un hombre de unos cuarenta años. Comenzaba a perder su esbelta línea a causa de la falta de ejercicio, pero eso le daba cierto aspecto más solemne y respetable, impresión que se acrecentaba si uno se fijaba en sus aladares, con elegantes ramalazos grises.

Kent estrechó su mano sin ningún entusiasmo.

—Espero que sea algo importante —refunfuñó—. Ha estropeado usted mi mejor oportunidad en seis meses.

—¿Oportunidad?

—Rubia —suspiró.

Lance soltó un juramento entre dientes, una expansión que

jamás se habría permitido en presencia de alguien que no fuera precisamente «ése» visitante.

—A veces me pregunto cómo puede usted atender a su trabajo, Kent. Emplea la mayor parte de su tiempo con las mujeres o bebiendo como un cosaco.

—Eso forma parte del trabajo, señor Lance.

—¿Pretende burlarse de mí?

—En absoluto, no quiero suicidarme todavía. ¿Por qué me ha llamado con tanta urgencia?

—Necesitamos que encuentre a una mujer.

—Ésa es mi especialidad. Precisamente esta noche había encontrado una.

—Otro chiste y le arrojaré fuera de este despacho.

—Olvídelo. ¿Qué tiene de especial esa dama a la que debo encontrar?

—¿Especial? Bien, digamos que están esperándola setecientos mil dólares.

Kent se irguió, dejando escapar un suave silbido.

—Una montaña de dinero, ¿eh?

—Setecientos mil dólares —puntualizó el abogado.

—Cuénteme.

—Es una herencia, naturalmente, a la que ella accede ahora por haber transcurrido el tiempo legal para entrar en posesión de los bienes. Siete años.

—¿Cómo es eso?

—El marido de esa mujer desapareció en un accidente. Jamás se encontró el cuerpo, de modo que han debido transcurrir siete años para darlo por muerto legalmente.

—Ya veo.

—La fecha se cumplió hace más de un mes, pero no sabíamos nada de ella, a pesar de que cuando sucedió el accidente le rogamos que se mantuviera en contacto con nosotros por lo menos una vez al año. Nunca lo hizo. Sencillamente, desapareció.

—¿Y está seguro de que esa mujer está viva? Nadie que tenga setecientos mil dólares pendientes de cobro se olvida nunca de ellos. Cualquier otra mujer en su lugar hubiera estado pendiente del cobro...

—Ella no, aunque no me pregunte por qué. Tampoco sabemos si

está viva o no. Usted se ocupará de averiguarlo.

—Bueno, señor Lance, hasta aquí se trata de un caso corriente. No necesitaba usted estropearme la noche.

El abogado suspiró, echándose atrás en su asiento.

—No he terminado todavía —anunció pausadamente.

Kent encendió un cigarrillo y esperó.

—Usted sabe... esa mujer se casó con nuestro cliente hace siete años. Una gran ceremonia, seguida de una fiesta a la que asistieron multitud de invitados. El bebió más de la cuenta, y a la noche, cuando ya apenas quedaba nadie, subió a su coche en compañía de su flamante esposa, maniobró con torpeza debido a estar ebrio, y ambos se precipitaron por el acantilado, al mar. Ella fue rescatada más tarde, semiinconsciente, pero nuestro cliente desapareció y su cuerpo no pudo ser encontrado jamás, aunque sacaron el coche y estuvieron buceando durante horas en su busca.

—Entiendo. ¿Nombres?

—Él era Robert Burges, y ella se llama Sandra, Sandra Burges.

—Una dama interesante.

—Bien, es preciso encontrarla ahora, Kent.

—Lo intentaré. ¿Fotos, datos, algo que facilite mi trabajo?

—No tenemos fotografías de ella, aunque usted podrá obtener alguna de siete años atrás si la busca donde debe. Sandra Burges formaba parte del cuerpo de baile de una revista que se hizo famosa en aquella época...

—¿Una corista?

—Era algo más que eso, según tengo entendido. La revista de que le hablo fue Mil Estrellas.

—La recuerdo... la vi varias veces. Entonces aún era capaz de ilusionarme con las chicas del coro.

—Eso le facilitará a usted las fotografías, aunque en ese tiempo debe haber cambiado mucho. Por otra parte, sabemos que después que la revista terminó, todas las muchachas que bailaban en ella se desperdigaron. Eran buenas amigas, así que hicieron una especie de pacto. Cuando una se casara, las otras asistirían a la ceremonia como damas de honor.

—¿Y...?

—Ahora se casa una de las chicas; Claire Benedit. Trate usted de averiguar si Sandra también irá, y si es así, sólo tiene que traerla a

esta oficina.

—Sigo sin ver la urgencia de este asunto —gruñó Kent, pensando todavía en la rubia que había perdido esa noche.

Lance suspiró.

—Estos últimos tiempos hicimos algunas discretas averiguaciones respecto al posible paradero de la que, ahora, es nuestra cliente. Al parecer, las cosas no le fueron bien desde un principio... mucho me temo que su vida no haya sido precisamente muy honorable, si entiende lo que quiero decir.

—No necesita ser tan endiabladamente remilgado conmigo. Hace años que conozco todos los recovecos de la vida.

—Sí, usted sí... Bien, Sandra Burges parece ser que frecuentó *cabarets* y lugares de mala nota durante cierto tiempo y... bueno, ya sabe. Hombres —dijo con una mueca—. Después, desapareció y nadie volvió a saber de ella.

—No me lo pone usted muy fácil, señor Lance. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se esfumó?

—Por lo menos cinco años.

—Pues es todo un récord. ¿Sabe ella que hay setecientos mil dólares esperándola?

—Por supuesto. Estuvo en esta oficina cuando se hubo repuesto del accidente. Se la informó detalladamente. Es más, actuando quizá un poco al margen de nuestras atribuciones, le ofrecimos una pequeña ayuda en caso de que necesitase dinero antes del tiempo legal. No la aceptó nunca ni nunca vino a pedirnos ni un centavo a cuenta. Quiero decir que no tenía por qué haberse degradado por falta de dinero, puesto que nosotros hubiésemos solucionado sus necesidades.

Kent pensó sobre eso, pero no llegó a conclusión alguna.

—Está bien, señor Lance. ¿Cuándo se celebrará esa boda a la que se supone que asistirán todas las excoristas?

—No lo sé con exactitud, pero, desde luego, este mes.

—Haré lo que pueda —prometió, levantándose—. ¿Tarifa normal?

—¡Naturalmente! —estalló el abogado—. No piense ni por un momento que podrá estafarnos como de costumbre, Kent. Éste es un caso de rutina. Nada de armas ni de violencia, así que no tiene excusa para cargar su cuenta. ¿Está claro?

Kent suspiró resignadamente.

—Muy claro. Ya nos veremos.

Salió, refunfuñando.

La secretaria le dirigió una mirada de perro apaleado.

—¿Terminaron?

—Seguro.

—Me alegro mucho... quizá ahora pueda irme a casa, a menos que a él se le ocurra que no ha dictado suficiente correspondencia desde las nueve de la mañana. Buenas noches, señor Kent.

—Adiós.

Abandonó las lujosas oficinas y anduvo un trecho pensativo.

Volvió a recordar a la rubia y sus sentimientos hacia Lance no fueron precisamente cordiales.

Entró en un par de bares que encontró a su paso. Para cuando salió del tercero decidió que si encontraba a cierto individuo su trabajo sería mucho más fácil.

Cambió de distrito y siguió visitando bares y tugurios muy poco recomendables. Cuando uno va de caza debe meterse en el terreno de la pieza a cobrar.

Y la pieza, esa noche, se llamaba Big Time.

CAPÍTULO IV

—Hola, Big.

El hombrecillo se volvió trabajosamente. Estaba encaramado a un taburete y no parecía muy seguro sobre aquel pedestal.

—¡Caramba, Kent! —exclamó.

—Estuve buscándote, Big.

—¿Sí? Llegas a tiempo de invitarme a un trago, muchacho.

Kent hizo seña al mozo y pronto hubo dos bebidas sobre el mostrador, ante ellos.

—¿Qué es lo que quieres esta vez, sabueso? —tartajeó el beodo.

—Lo de costumbre; informes. Sólo que en esta ocasión le añadiremos unas cuantas fotos si puedes conseguirlas.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Todavía no sabes qué clase de fotos quiero.

—No importa. Si pagas bien, te las conseguiré, aunque sean de esas colecciones francesas que...

—Olvídalo. Tú fuiste uno de los mejores agentes teatrales de la ciudad, Big.

—¡Infiernos, fui! Todavía sigo siéndolo.

—Pero no tan bueno a causa de tu afición al *whisky*.

—Eso no le importa a nadie. ¿Qué es lo que buscas en realidad?

—¿Recuerdas una revista que se llamó Mil Estrellas?

—¡Ya lo creo que sí! Me reportó más dinero que ninguna otra... Espera que recuerde... hace siete u ocho años de eso.

—Exactamente.

—¿Y...?

—Quiero fotos de las chicas que formaron el coro.

—No sabía que te interesaban las coristas ahora —rió el agente teatral.

—Sólo las coristas de Mil Estrellas.

—Fue un buen espectáculo... las mejores chicas de entonces,

Kent. Ni en Nueva York pudieron reunir un grupo tan soberbio de mujeres bonitas. ¡Qué cuerpos, amigo!

—Está bien, ¿tienes las fotografías de todas ellas?

—Deben estar en mi archivo, por supuesto.

—Termina tu *whisky*.

—¿Vas a invitarme a otro?

—Voy a llevarte a tu oficina para sacar esas fotografías, eso es lo que voy a hacer.

—¿A estas horas? Tú estás loco. Déjalo para mañana...

—Nadie sabe si seguiremos vivos mañana. Andando, Big.

—Y a todo esto, ¿qué gano yo si te doy las fotos de todas esas nenas?

—Cien pavos.

—¿Qué? Eso es una miseria, Kent.

—Menos es nada. Tengo la cuenta de gastos muy limitada en este caso.

—Sube a ciento cincuenta por lo menos. Las fotos son una obra de arte, palabra...

—Escucha, te pagaré ciento veinticinco si añades algunos informes a las fotografías.

Refunfuñando, Big Time descendió del taburete. Tuvo que agarrarse a la barra para mantenerse de pie, pero al cabo de unos instantes sus piernas se afianzaron y echó a andar hacia la puerta, muy tieso.

Alan le siguió, maldiciendo entre dientes. Anduvieron uno junto al otro hasta el decrepito edificio donde el hombrecillo tenía su oficina.

Ésta era un cuchitril con las paredes cubiertas de viejas fotografías de actores y actrices que ya habían pasado a la historia.

—Me gustaría saber por qué te interesas de repente por esas nenas, Kent —tartajeó el borracho—. Ninguna siguió actuando después de aquello... excepto una, y a ésa ya no la represento yo...

—Apuesto que eso te duele en el alma.

—Bueno, no mucho. Ya no se estilan las revistas como aquélla.

Big Time se acercó a un gran archivador metálico adosado a un rincón y comenzó a revisar las gavetas deslizantes.

Kent encendió un cigarrillo y esperó.

Minutos después tenía ocho fotografías sobre la mesa.

Eran de gran tamaño, y cada una representaba a una mujer de asombrosa belleza.

—¿Son todas? —preguntó.

—Ésas eran las coristas principales. Después había las de número... unas veinte por lo menos. Pero esas maldito si sabe nadie quiénes fueron.

—Ya veo...

—¿Qué te parecen?

—Sensacionales.

—Y tú que lo digas. No las hubo mejores sobre un escenario por aquella época. Aunque ahora deben haber cambiado mucho.

—¿Cuál de ellas se llamaba Sandra?

—Tienes el nombre de cada una escrito en el dorso de las fotos.

—¿Y sus direcciones?

—También, pero imagino que en siete años habrán cambiado siete veces...

Kent dio vuelta a las fotos y leyó los nombres de las mujeres hasta encontrar el que buscaba.

Sandra era una mujer que incluso en fotografía le dejó sin aliento.

Trigueña, de grandes ojos verdes, poseía el cuerpo más escultural y sinuoso que él recordaba haber visto jamás. Sus largas piernas eran impecables, y tanto las caderas como el agresivo busto tenían las proporciones justas para cortar la respiración cuando apareciese en un escenario.

—¿Retocaron esta foto, o era así en la realidad? —murmuró.

—Era mejor todavía. Créeme, Kent... Sandra fue la mujer más hermosa del mundo. Te lo digo yo, que entiendo un poco de belleza femenina.

—Ya lo veo... ¿Qué fue de ella, lo sabes?

—Bueno, eligió un mal camino. Aunque en su caso tuvo motivos para desmoralizarse. Se casó y enviudó todo en el mismo día.

—Ya sé esa historia.

—La vi un par de veces después de su drama. Era una cualquiera. Se abandonó de mala manera... incluso me pidió dinero prestado. Quinientos dólares.

—¿Se los diste?

—¿Crees que estoy loco?

Kent observó la fotografía. Sintió un extraño desasosiego ante la soberbia belleza que parecía mirarle desde la cartulina.

—No lo comprendo —masculló—. ¿Estás seguro que vino a pedirte dinero prestado?

—¡Cuernos! Claro que estoy seguro. Tanto como de que no le di ni un dólar. Conozco a esas pájaras, amigo.

—Es absurdo. Ella podía obtener dinero si lo necesitaba de la testamentaria...

—¿Qué?

—Olvidalo.

—Debes estar equivocado, Kent. Si ella hubiese podido sacar dinero de alguna parte, no hubiera sido tan loca de lanzarse a trotar por los peores tugurios de San Francisco.

—Eso es lo que me desconcierta, si es que lo hizo.

—De eso puedes estar seguro. Conozco tipos que fueron con ella.

—Está bien, ya lo aclararé. Háblame de las otras. Dijiste que una de ellas había continuado actuando en el teatro. ¿Cuál, Big?

—No dije en el teatro. Es bailarina de *cabaret*, pero de categoría. Déjame ver... Ésta es.

Kent dio vuelta a la fotografía. El nombre era:

«Louisa Cobb».

Nombre artístico:

«Linda Ángel».

—¿No la has visto alguna vez? Es sensacional, Kent.

—Seguro. En el Blue Palace.

—Ajá.

—¿Qué sabes de las demás?

—Nada. No he vuelto a verlas ni a saber nada de ellas desde que Mil Estrellas terminó. Lo que sí es seguro es que no continuaron trabajando en las tablas. Y por si lo olvidaste, todavía no he visto el color de tu dinero.

—Tienes buena memoria —rió el detective—. Dime algo más sobre Sandra, Big. ¿Dónde estuvo más o menos fija cuando trotaba por ahí?

—Maldito si lo sé. Pero alguien me dijo tiempo después que la habían visto frecuentemente en compañía de Sim Lamont.

Kent dio un respingo.

—¿Con Lamont? —Gruñó—. ¿Estás seguro?

—No. Te repito que fue algo que me contaron.

—Si se mezcló con tipos como Lamont debió acabar muy mal...

—Eso puedes asegurarlo.

—Está bien, veré qué puedo hacer con lo poco que me has ayudado.

—¿Poco? ¡Maldita sea! ¿Qué es lo que querías?

—Olvidalo.

Sacó algunos billetes y contó la cantidad prometida, que Big Time se embolsó rápidamente.

Entonces, el agente teatral quiso saber:

—¿Por qué te interesa esa dama después de tanto tiempo, Kent?

—Averiguar esto te costaría ciento veinticinco dólares, amigo.

—¡Con un diablo! No me interesa en absoluto.

Alan rió entre dientes mientras descendían a la calle. Ya fuera del maloliente edificio, se despidió de su amigo y anduvo en busca del coche.

Sim Lamont se echó hacia atrás en el sillón y miró al individuo que acababa de entrar.

—¿Qué pasa ahora, Linch? —Gruñó.

—Hay un tipo que insiste en verle, patrón.

—¿Le conocemos?

—El asegura que sí. Se llama Kent... Alan Kent.

—Kent, ¿eh?

—Eso dice él.

—Vaya, vaya...

—¿Qué hago, le dejo pasar o lo arrojo a la calle?

—Apuesto que no podrías hacerlo —rió Lamont—. No con «ése» Kent...

El corpulento guardaespaldas se irguió, ofendido.

—Déjeme que se lo demuestre, patrón.

—No quiero líos aquí. Dile que entre.

A regañadientes, el matón abandonó la confortable oficina y poco después regresó escoltando a Kent.

—Éste es, patrón —anunció con su voz que chirriaba.

—Bueno, espera fuera —ordenó Lamont.

Al quedar solos, Kent se acercó a la mesa al tiempo que comentaba:

—No estaba muy seguro de que se acordase de mí, Lamont.

—Yo siempre recuerdo a los que me han hecho algún favor. Y tampoco olvido los otros... los que me hicieron alguna mala jugada.

—¿Le importa que me siente? De todos modos, no le entretendré mucho.

—Tómese el tiempo que quiera. Me encuentra en una de mis buenas noches.

—Lo celebro.

—¿Y bien?

Kent le miró fijamente.

—Usted tuvo una chica una vez, Lamont... hace mucho tiempo.

—¡Ésta sí que es buena! —rió Lamont—. He tenido infinidad de chicas a lo largo de mi vida.

—No como ésa.

—¿Cómo cuál?

—Sandra.

Lamont se enderezó en su sillón.

—Sandra, ¿eh? —murmuró.

—No quiero andarme con rodeos, Lamont. Necesito encontrarla. Me pagan para hacerlo y usted es un buen eslabón.

—Bien... creo que no podré ayudarle, Kent. Ella desapareció poco después que nos separamos.

—Más claro.

—Se esfumó. Estuvo conmigo un par de meses, no más. Reñimos y ella se fue, eso es todo.

—Y desapareció, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—¿Y no ha vuelto a saber de ella?

—En absoluto.

—No le creo, Lamont.

Éste esbozó una sonrisa.

—Ahora debería ofenderme por llamarme embustero, Kent.

—Una mujer como Sandra no puede desaparecer del mapa así como así y usted lo sabe. Riñeron y ella se fue. Muy bien, hasta aquí lo acepto. Pero después usted siguió teniendo noticias de ella.

Lamont sacudió la cabeza.

—Le aseguro que no —dijo—. Oí decir que había encontrado un trabajo en alguna parte, pero ya no me interesaba.

Kent no apartaba sus ojos de la cara de su interlocutor. Había

algo en Lamont que le intrigaba, algo que tal vez se reflejase en su mirada llena de astucia.

—Voy a decirle algo, Lamont —dijo pausadamente—. Voy a encontrar a esa dama aunque esté bajo tierra, y no me importará nada si para conseguirlo he de pisar algunos pies delicados, incluidos los suyos.

—No me amenace, Kent.

—Nada de amenazas. Usted es el propietario del Blue Palace, aunque Ben Edge figure al frente del negocio. ¿Sí?

—¿Y qué con eso? No hay ninguna ley que me impida tener un hombre de paja en mi negocio.

—En «uno de sus negocios», Lamont.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—En ese *cabaret* actúa una bailarina llamada Linda Angel.

—Sí. Un número sensacional.

—Esa Angel fue compañera de Sandra cuando ambas actuaban en una revista.

Lamont achicó los ojos.

—¿Qué cree que significa eso? Linda Angel es una excelente danzarina de abanicos, de las mejores que tuve jamás. Por eso la contraté ya hace meses. Pero nunca supe que hubiera sido compañera de Sandra.

—Tal vez no.

Kent se levantó, disponiéndose a salir del despacho.

—Un momento —le atajó Lamont—. ¿Le importaría decirme por qué desea encontrar a Sandra?

—Me importaría.

—Ya veo. Tal vez si yo hago unas preguntas aquí y allá... ya sabe cómo son estas cosas. Obtenga algún resultado.

—¿Y si es así?

—Vuelva a verme. No puedo olvidar que una vez me hizo un favor, Kent. Yo jamás olvido. Ni lo bueno ni lo malo.

—Sí, eso ya lo dije antes. Está bien, volveré. Pero entretanto, ¿le importará que vaya a hacerle unas preguntas a su bailarina de abanicos?

—¿Por qué habría de importarme? Vaya si quiere, pero si no me equivoco no actúa hasta pasadas las dos de la madrugada.

—Sabré esperar.

Se encaminó a la puerta, pero se detuvo antes de llegar a ella.

—Es mejor que le diga a ese hombre de las cavernas que tiene ahí fuera que puede dejarme salir sin romperme ningún hueso. Por alguna extraña razón no le simpatizo.

—Apuesto que eso le sucede con mucha gente, Kent —rió Lamont.

Pulsó un botón y casi al instante la puerta giró. El corpulento guardaespaldas apareció en el umbral, bloqueando por completo la salida.

—Nuestro amigo se marcha, Linch —dijo su jefe—. Acompáñale a la salida.

Linch titubeó, pero acabó por apartarse a un lado y dejar pasar al detective, tras el cual cerró la puerta.

Lamont se recostó en el sillón y frunció el ceño. Permaneció unos minutos perfectamente inmóvil, y de pronto alargó el brazo y descolgó el teléfono.

Marcó un número, y cuando obtuvo respuesta gruñó:

—Quiero hablar con Harry Decker.

—Yo soy Decker —replicó la voz del teléfono.

—Aquí Lamont.

—Hola. ¿Cómo te va?

—Ni mal ni bien. Escucha... ¿recuerdas a Sandra?

—Nunca la olvidé. Si no hubiese sido tu chica...

—Eso no importa. Quiero saber qué fue de ella.

—¿Es muy importante?

—Lo es.

—Okey. Veré qué puede hacerse. Ya te llamaré.

Lamont colgó.

Aquello le interesaba cada vez más.

CAPÍTULO V

Alan miró el reloj en el momento de entrar en el esplendoroso club nocturno. Señalaba las dos y cinco minutos de la madrugada.

Se encaminó al mostrador, pero antes de llegar a él descubrió a Sim Lamont sentado a una mesa y cambió de rumbo.

—De modo que ha decidido venir a meter la nariz en este asunto usted también —le espetó, acercando una silla y sentándose frente al propietario del local.

Lamont le observó con el ceño fruncido.

—Vine por usted, sabueso —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué quiere beber?

—Cualquier cosa. Estoy sorprendido, Lamont, de veras.

—Bueno, llamé a su apartamento, pero no respondió nadie. Luego pensé que usted vendría por aquí para hablar con Linda Angel y decidí esperarle.

—Eso equivale a reconocer que tiene noticias para mí.

—Así es.

Hizo una seña y un camarero apareció junto a la mesa.

—*Whisky* —pidió—. Dos dobles con hielo.

El camarero se alejó y Kent quiso saber:

—¿Ha llegado ya la muchacha?

—Hace unos minutos la vi pasar hacia los camerinos. No tardará ya en actuar.

—Está bien, ya basta de rodeos. ¿Qué tiene para mí, Lamont?

—Espere a beber. Va a necesitarlo.

El camarero acudió con dos artísticos vasos empañados por el hielo. Había una dosis más que respetable de licor en cada uno y Kent lo saboreó con placer.

—Excelente *whisky* —comentó—. Muy distinto del que sirven en el mostrador.

—El negocio es el negocio, Kent.

—Y ahora veamos esas noticias.

—Sandra murió poco después de separarse de mí.

El detective se echó atrás en el asiento.

—Ésa es una mala noticia —murmuró entre dientes—. ¿Cómo lo supo, Lamont?

—Hice unas preguntas aquí y allá. No tengo todos los detalles, pero al parecer iba bebida y ella sola se metió bajo las ruedas de un coche. No quedó muy bien parada, usted sabe.

—¿Y era Sandra?

—Encontraron toda su documentación en el bolso, tirado en la calle. Sus cabellos la identificaron mejor que lo que quedó de su rostro. No había otra cabellera como la suya, amigo.

—Ya veo...

—¿Qué le pasa a usted, hombre? No parece convencido.

—No lo estoy. Ésta es una información de segunda o tercera mano por lo menos.

—¿Y qué? Es verídica. Puede comprobarlo en los ficheros de la policía si quiere. Forzosamente deben tener inscrito ese accidente y el nombre de la víctima.

—Lo haré.

—Bueno, ahora que esa muchacha ya no existe, dígame por qué quería encontrarla.

Kent esbozó una sonrisa.

—Cuando compruebe sin lugar a dudas que Sandra murió se lo diré, Lamont.

—Está bien, como usted quiera. ¿Todavía insiste en hablar con mi estrella exclusiva?

—Aprovecharé que estoy aquí para hacerle unas preguntas. Quizá conozca detalles de los últimos tiempos de Sandra.

Lamont se encogió de hombros.

—Perderá el tiempo —dio un vistazo a su reloj y murmuró entre dientes—: Ya debería estar actuando...

Apuró su *whisky* y Kent le imitó. Lamont llamó al camarero con un gesto y le ordenó:

—Pregunte qué pasa con Linda Angel. Se retrasa.

—Sí, señor.

Kent encendió un cigarrillo y dijo de pronto:

—¿Sabe usted, Lamont? Estoy sorprendido.

—¿Por qué?

—Por su desinteresada colaboración. Ha demostrado un gran interés por ayudarme.

—Reconozco que no lo hice sólo por ayudarle. Consiguió intrigarme, Kent, lo crea o no. Despertó mi curiosidad y pensé que valía la pena molestarse un poco.

—Usted jamás hace nada por nada, Lamont.

La llegada del camarero impidió que Lamont respondiera.

—Lo lamento, señor, pero el camerino está cerrado.

—¿Qué? —exclamó el propietario del local.

—He llamado varias veces, señor...

—La he visto entrar hace poco... debe estar en el camerino —refunfuñó Lamont.

—Quizá ha vuelto a salir, señor —sugirió el camarero.

—La hubiera visto.

—¿Olvida la salida de servicio, señor?

—¿Y por qué ella había de utilizar la salida de servicio?

A eso el camarero no encontró respuesta.

Kent, levantándose, gruñó:

—Lo probaré yo.

—Voy con usted.

El pasillo de los camerinos estaba desierto. Se oían risas de mujer detrás de una puerta, y en otra una muchacha cantaba a media voz.

—Ésta es —anunció Lamont.

Kent dio vuelta al tirador y la puerta giró suavemente.

—Ese camarero debe haber equivocado la puerta —masculló.

El interior estaba oscuro. Tanteó la pared hasta encontrar la llave de la luz.

Lamont dio un paso adelante. Luego, se detuvo en seco y el aire le salió silbando de los pulmones.

—¡Mire! —jadeó.

Kent entró de un salto. Él también había visto a la muchacha caída de bruces sobre el tocador.

Su rubia cabellera caía como una cascada de oro sobre la espalda doblada. Más abajo del final de los cabellos, surgía la empuñadura de un cuchillo hundido en el cuerpo hasta la cruz.

La muerte había sorprendido a la muchacha mientras estaba maquillándose para salir a escena. Llevaba dos breves prendas tan solo, y sobre una silla estaban sus vestidos.

—¿Es Linda Angel? —preguntó Kent.

—Sí...

—Presiento que va a tener usted muchos dolores de cabeza, amigo.

—No necesita jurarlo. Es lo peor que podía haber sucedido.

—Ha sido peor para ella todavía —comentó el detective, mirando a su alrededor.

—No hace mucho que la han matado —barbotó Lamont entre dientes.

—Apenas unos minutos. Cuando el camarero ha llamado a la puerta, el asesino debía estar todavía aquí dentro. Por eso la encontró cerrada, y nosotros abierta, porque el criminal aprovechó para salir cuando el camarero se alejó.

Lamont asintió, maldiciendo en voz baja.

Kent salió del camerino y recorrió el pasillo hasta la puerta de servicio. La encontró entornada y cuando se asomó vio un callejón oscuro y desierto.

Regresó junto a Lamont, que parecía hipnotizado por la visión del cadáver.

—Se largó por atrás —dijo el detective—. Creo que ya es hora de que llame a la policía, Lamont.

—¿Quién, yo?

—Puedo hacerlo yo si quiere, pero usted es el patrón aquí.

—Hubiera preferido quedar al margen de esto.

—No puede escabullirse ahora y usted lo sabe.

—No, estando usted aquí, eso no es posible —refunfuñó el propietario del club—. Vamos, salgamos de aquí. Esperaremos a los polizontes en mi despacho.

Salieron, y Kent cerró la puerta con llave, guardándosela en el bolsillo.

—¿Usted la vio entrar sola, Lamont? —preguntó.

—Sí, ya se lo dije.

—Quizá el asesino entró también por atrás... o ya estaba esperándola en el salón.

—Sería una gran cosa que alguien le hubiera visto. Eso

facilitaría las cosas a los polizontes y me dejarían tranquilo mucho más pronto.

Kent rió entre dientes.

—Usted no ha temido nunca a la policía, Lamont.

—No les temo, pero son tan molestos como un dolor de muelas.

El despacho era reducido y amueblado con sencillez. No lo habían montado para impresionar a nadie, sino para trabajar.

Lamont se hundió en un sillón, descolgó el teléfono y habló con la policía, mientras Kent encendía un cigarrillo y escuchaba distraídamente.

Cuando colgó, el detective dijo:

—Quien sea que la ha matado me ha hecho un flaco servicio, Lamont.

—Peor me lo ha hecho a mí. No sólo me ha quitado la mejor atracción que tuve en los últimos años, sino que los policías van a volverme loco... suponiendo que no se les ocurra clausurarme el local.

—¿Por qué lo habrán hecho? —rezongó Kent.

—No me lo pregunte a mí.

Lamont descolgó un teléfono de comunicación interior y aulló un par de órdenes. Minutos después, Ben Edge, el encargado del club, aparecía en la puerta.

—¿Me llamó, señor Lamont?

—Seguro. La policía está a punto de llegar. Espérelas en la puerta y trate de que no haya alarma entre la gente.

—¿La policía? —se escandalizó Edge—. ¿Por qué?

—Yo la llamé. Alguien ha asesinado a Linda Angel en su camerino. Y ahora váyase, Edge.

—Sí, señor...

Se deslizó fuera como si flotara, muy pálido.

—Es un buen encargado —opinó Lamont—, pero carece de nervio.

La llegada de la policía fue relativamente discreta. Kent suspiró, aliviado, al reconocer al teniente Kellerman.

—¿Qué tiene usted que ver en este asunto, Kent? —estalló el policía, después de los preliminares.

—Nada. Sólo vine a hablar con Lamont y estaba con él cuando descubrió el cuerpo. Por eso me quedé.

Kellerman le miró con evidente duda.

—Cuando aparece un cadáver y usted anda cerca de Kent, no puedo menos que preocuparme.

—No esta vez.

—Ya oí ese cuento en otras ocasiones. Bueno, Lamont, cuénteme.

El propietario del club habló rápidamente. Tenía prisa por terminar cuanto antes.

Cuando terminó, el teniente ordenó a uno de sus hombres:

—Vaya abajo y traiga a ese camarero... ¿Cómo se llama?

Lamont gruñó:

—Stark, creo.

—Ya lo oíste.

El policía salió. Kellerman encendió un cigarrillo.

—¿Cómo era esa chica, Lamont? Ya sabes... ¿tenía amantes, líos con clientes del club, disputas con sus compañeras?

—Nada de eso. Ella exigió una cláusula en el contrato, que la librara de alternar con los clientes. Nunca lo hizo. Era una buena chica, teniente.

—Todas lo son... aparentemente.

—Nada de apariencias. Pregunte a quién quiera y se convencerá.

—Tal vez. ¿La conocía usted, Kent?

—En absoluto. Nunca la había visto antes de encontrarla muerta.

—Ya veo... éste va a ser un trabajo de rutina. Habrá que bucear en la vida de esa dama desde su cuna... un aburrimiento.

Kent estuvo de acuerdo en eso, pero no dijo una palabra.

Media hora más tarde obtuvo permiso para marcharse. Salió del despacho y descendió al pasillo de los camerinos. Estaban llevándose el cuerpo en una camilla, cubierto por una sábana. Varias muchachas permanecían en un lado, pálidas y sobrecogidas de espanto.

Un policía de uniforme cerró la puerta del camerino y se quedó plantado ante ella.

Kent siguió a los camilleros hasta la salida posterior. Les vio cargar la camilla en la ambulancia, ante los escasos curiosos que se habían reunido a corta distancia. Luego, el vehículo se fue y la oscuridad cayó de nuevo en el callejón.

Los curiosos se dispersaron en pequeños grupos, comentando lo sucedido.

Alan Kent se disponía a imitarlos cuando vio a la mujer deslizarse pegada a las paredes.

Le intrigó su manera de moverse, sus esfuerzos por pasar inadvertida. Sin saber exactamente por qué, él también se pegó a la pared empezando a seguirla.

Cuando ella abandonó el callejón dobló a la derecha, mezclándose entre la gente de la acera. Kent fue tras ella sin perderla de vista.

A distancia pudo darse cuenta que tenía un tipo soberbio. Su andar era firme y armonioso a un tiempo. Muchas cabezas se volvían a mirarla.

Alguien intentó detenerla con una torpe maniobra y ella lo apartó de un brusco empujón. Cuando Kent pasó junto al desairado le oyó mascullar obscenidades.

Siguieron durante cinco minutos por la misma calle. Ella no parecía preocuparse de que pudieran seguirla. Esa idea ni siquiera debía habersele ocurrido.

Luego, cuando dobló una esquina, dio un fugaz vistazo sobre su hombro. No descubrió nada sospechoso y, deteniéndose frente a un edificio de apartamentos, abrió la puerta con una llave y entró, cerrando inmediatamente.

Kent se acercó a la puerta y escuchó. No pudo oír nada al otro lado. Apartándose, tomó nota mentalmente del número de la casa y tras esto atravesó la calle y fue a apostarse al otro lado por si ella encendía alguna luz y con ello revelaba la situación de su apartamento.

Había varias ventanas iluminadas. Ninguna otra brilló en la oscuridad, de modo que su espera resultó inútil.

Un tanto intrigado, Kent emprendió el camino de su propio apartamento, preguntándose quién sería la hermosa dama de larga cabellera negra, y cuál sería su interés en lo sucedido en el *cabaret*...

CAPÍTULO VI

La mujer se detuvo frente al apartamento del tercer piso y abrió la puerta con una llave que sacó del bolso. Entró. Las luces estaban encendidas.

Deteniéndose, preguntó:

—¿Estás ahí, Ruy?

—En el dormitorio. Ven.

Ella se dirigió al lugar indicado. En contraste con el resto del apartamento, el dormitorio estaba a oscuras. Vio la silueta del hombre junto a la ventana y exclamó:

—Bueno, ¿qué haces a oscuras, Ruy?

Sin volverse, él gruñó:

—Acércate.

Se colocó junto a él. Ruy Galesy señaló hacia la calle.

—Fíjate en ese tipo de la acera... allí, al otro lado. ¿Lo ves?

—Sí.

—Está mirando la fachada de este edificio.

—Lo veo perfectamente. ¿Qué quieres decir con eso, Ruy?

—Ese fulano te venía siguiendo. Eso es lo que quiero decir.

Ella se estremeció.

—¿Estás seguro?

—¡Condenación! ¿Por qué crees que no he tenido jamás ni un tropiezo con la ley? Claro que estoy seguro. ¿Recuerdas si lo viste alguna vez?

—¿Cómo puedo reconocerlo a esa distancia, y con la poca luz que hay en la calle? De cualquier modo, debe tratarse de un pelmazo. He tropezado con otros mientras venía.

—Uno de esos idiotas que siguen a una mujer por la calle sólo por lo que puedan sacar de ella, no espera a ver en qué apartamento se enciende la luz, para saber en cuál ha entrado... Mira.

—Ya se marcha...

Esperaron hasta perderlo de vista, y entonces Galesy se volvió.

—Bueno —exclamó—. ¿Dónde demonios estuviste hasta ahora? Ella suspiró, cansada.

—Me entretuve viendo trabajar a la policía —dijo con cierta ironía.

—¿Qué?

—Hubo un crimen o algo así.

—¿Dónde?

—En un club... El Blue Palace. Había una ambulancia y alguien dijo que habían matado a una bailarina.

—¿Y no tenías nada más divertido que hacer? Podías haber entrado en un cine, digo yo.

—Tú me dijiste que no debía volver hasta que esa reunión con tus amigos hubiera terminado. Tanto me daba el cine como pasear. Tropecé con ese suceso y me detuve, eso es todo. ¿Hace mucho rato que se fueron los otros?

—Horas.

Ella se encogió de hombros, dio otro vistazo por la ventana a la desierta calle y suspiró.

—Tú y tus grandes negocios —dijo con burla—. Desde que te conozco estás diciendo que pronto nadarás en millones, y lo único que has conseguido hasta ahora es un continuo estado de temor. Siempre vigilando, viendo espías en todas partes, sospechando de tu propia sombra...

—¡Cállate!

—Estoy harta, Ruy.

—Preocúpate de que no sea yo quien se harte de ti, Marge.

Ella se volvió poco a poco.

—¿Es eso una amenaza, «querido»?

—Seguro que lo es.

Encogiéndose de hombros desdeñosamente, la mujer murmuró:

—Creo que lo mejor será que nos separemos, Ruy. Eso tenía que llegar y siempre lo supe.

—Más espacio, nena. No te irás de mi lado precisamente ahora.

—¿Por qué no? Da igual ahora que dentro de una semana. Es preferible separarnos antes de que lleguemos a odiarnos, ¿no crees?

—Tengo un trabajo entre manos. Algo importante.

—La historia de siempre.

—Esta vez va en serio.

—Aunque así fuera, ¿por qué no podemos irnos cada uno por su camino?

—Por la sencilla razón de que no confío mucho en tu sentido común, nena. Y mucho menos en tu discreción.

—Estás loco. ¿Temes que te delate?

—Justamente, a pesar de que no creo que lo hicieras conscientemente.

Ella se echó a reír, y su risa resultó una cosa seca y desagradable.

—Aunque quisiera hacerlo no podría. No conozco nada de tus proyectos ni sé qué es lo que has planeado con esos tipos que vienen a verte. No cabe duda que tienes miedo de tu propia sombra, Ruy.

El hombre rechinó los dientes.

—Repíteme que soy un cobarde y te pondré la cara al revés, Marge. Me fastidias continuamente, pero cuando el negocio se haya realizado te mandaré al infierno tan seguro como me llamo Ruy Galesy.

—No es necesario esperar a entonces. Puedo largarme esta misma noche.

—Yo te diré cuándo, primor —refunfuñó él, dejándola sola.

Marge cerró la puerta y se quitó las ropas. Durante unos instantes estuvo contemplándose reflejada en el espejo. Se sintió íntimamente satisfecha de su cuerpo, de la pujanza vital de sus formas prietas y agresivas, que le auguraban años de nueva vida.

Se enfundó en un pijama negro y tras apagar la luz se tendió en la cama.

Tardó mucho tiempo en dormirse. Multitud de proyectos danzaban en su mente. Infinitas posibilidades no exentas de temores.

Temores que tenían distintas raíces.

Un crimen que ya se había cometido... una fortuna esperando, y, con toda seguridad, otro crimen por lo menos cuya víctima aún no tenía, en su imaginación, ni nombre ni rostro.

Alan devolvió el *dossier* al sargento.

—¿Encontró lo que buscaba? —se interesó éste.

—Seguro. Es un accidente que ocurrió hace cinco años y pico.

El sargento abrió la carpeta y dio un vistazo a su contenido.

—Atropello —masculló—. A juzgar por esas fotos, la pobre mujer quedó hecha trizas...

—Me revuelven el estómago —confesó Kent, encaminándose a la puerta.

Salíó al pasillo y casi tropezó con el teniente Kellerman.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —exclamó el policía—. No me diga que se trata del crimen...

—Eso le pertenece por entero, teniente. Sólo vine a comprobar algo en sus archivos.

—¿Sí?

—Un accidente que tuvo lugar hace más de cinco años, si es que quiere saberlo. Una mujer, Sandra Burges, atropellada por un coche.

—¿Y ha tardado cinco años en interesarse por ella?

—Ha sido una de esas cosas que pasan, Kellerman. Me encargaron localizar a esa mujer, y resulta que ya no existe. Bueno, ya nos veremos. ¿No ha adelantado nada sobre el asesinato de anoche?

—Es pronto... rutina, Kent, ya sabe.

—Sí, claro...

Abandonó el edificio policíaco preguntándose qué le quedaba por hacer. El caso realmente había terminado para él desde el momento que Sandra Burges estaba muerta.

Pero era sorprendente que los abogados no lo hubieran sabido con tiempo, sobre todo en los últimos días, cuando se habían enterado de la boda de Claire Bedit y todo lo demás.

Desayunó en el primer bar que halló a su paso. Cuando terminó se encerró en la cabina telefónica y llamó a la oficina del abogado Lance.

La secretaria le facilitó la comunicación en unos segundos, tras los cuales, la voz siempre irritada del miembro más joven de la firma refunfuñó:

—¿Ocurre algo urgente, Kent? Ya sabe que nos gusta recibir sus informes por escrito...

—Encontré a Sandra Burges, señor Lance.

—¡Ésta sí que es una buena noticia! Lo cierto es que nunca dudé de su eficiencia, Kent. Yo personalmente...

—Está muerta —le espetó, interrumpiéndole.

Sonó una especie de estallido al otro extremo de la línea.

—¿Qué dijo? —balbuceó después el abogado.

—Dije que Sandra Burges está muerta. La aplastó un coche hace más de cinco años.

Hubo un corto silencio.

—¿Está usted seguro, Kent?

—He visto el archivo de la policía. La identificaron por sus documentos que llevaba en el bolso, por sus cabellos y por lo poco que quedó de su cara... las ruedas se la aplastaron.

—¡Maldito sea, ahórrese los detalles truculentos!

—Está bien, ya lo sabe. Le enviaré mi cuenta tan pronto pase por mi despacho.

—Espere un minuto, Kent.

—¿Para qué, señor Lance?

—Sería muy interesante para nosotros saber si esa mujer tiene parientes... ¿Cree que le llevaría mucho tiempo averiguarlo?

—No puedo saberlo.

—Está bien, inténtelo. Quizá alguna de sus amigas pueda ayudarle.

—¿Cómo dijo que se llamaba la muchacha que se va a casar?

—Un momento... tengo aquí las notas... Sí, eso es... Claire Benedit es su nombre. Y vive en Nob Hill; siete, seis de Francklyn Road.

—Probaré con ella. Ya le informaré.

Colgó, consolándose con la idea de que por lo menos alargaría un poco más su nota, cosa siempre interesante tratándose de sus finanzas.

Tomó un taxi para dirigirse a Nob Hill, casi convencido de que esa gestión sería sólo una pérdida de tiempo.

Francklyn Road era una calle tranquila, llena de curvas, que bordeaba la colina entre frondosos parques y reducidos jardines particulares.

Ordenó al taxista que esperara, atravesó un jardín bien cuidado y limpio y llamó a la puerta del número setenta y seis.

La puerta se abrió en pocos momentos y una mujer apareció en el umbral.

Desde luego, era una auténtica belleza, según el canon particular

de Alan Kent.

De estatura más que mediana, sus largos cabellos negros acariciaban un rostro de terciopelo adornado por unos ojos azules, unos labios rojos y un mentón voluntarioso.

El cuerpo no tenía nada que envidiar a una de esas modelos que aparecen en las revistas «sólo para hombres».

Vestía con sencillez y había una expresión de ligera curiosidad en su rostro.

—¿Es usted Claire Bénédict? —preguntó Kent.

—Sí. ¿Nos conocemos, o vende usted algo?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Bueno, hoy no es mi día. ¿Qué desea?

—Quisiera hacerle un par de preguntas referentes a una mujer que fue amiga suya.

La muchacha titubeó unos instantes. Al fin, apartándose, murmuró:

—No dispongo de mucho tiempo, pero entre de todos modos.

—Gracias. Se trata de Sandra Burges.

Ella se volvió en redondo.

—¿Qué pasa con Sandra? —quiso saber.

—Bien, ya sé que murió hace más de cinco años, pero estamos buscando alguno de sus parientes si los tenía y...

Calló de pronto al darse cuenta de la expresión de la muchacha.

Ésta tartamudeó:

—¿Dice que... que murió?

—Seguro; hace más de cinco años, ya se lo dije.

—¿Sandra Surges?

—La misma.

Claire empezó a reír primero suavemente, pero después estalló en carcajadas que dejaron helado al detective.

Parecía no poder controlarse a pesar de que se adivinaban sus esfuerzos.

Finalmente, fastidiado, Kent gruñó:

—¿Dónde está el chiste?

—Perdone...

—Otras veces se rieron de mí, pero no con semejante entusiasmo. ¿Qué dije de divertido?

—Eso de... de la muerte de Sandra...

—Vaya. ¿Se encuentra usted bien, Claire, no necesita por casualidad un reductor de cabezas?

—No estoy loca, si es eso lo que está pensando.

—Le costará demostrarlo. Todo lo que yo dije fue que Sandra Burges está muerta y enterrada y usted estalló en carcajadas. Dígame si no es para preocuparse.

—Ya oí lo que dijo. Que ella murió.

—Ni más ni menos.

—Y hace más de cinco años...

—Seguro. Si le interesa puedo proporcionarle la fecha exacta.

—Es usted quien está mal de la cabeza, señor... Yo hablé con Sandra justamente ayer, y puedo jurarle que estaba bien viva.

Kent casi se cayó de espaldas.

CAPÍTULO VII

Escuchó todo el relato de la muchacha y al final preguntó:

—¿Está usted segura que se trataba de Sandra Burges?

—No me cabe la menor duda. Su voz es inconfundible, nunca oí otra semejante. Es profunda, cálida, suena como una caricia.

—Sin embargo, debe tratarse de una impostora, Claire.

Ésta dio un respingo.

—¿Con qué objeto? Y suponiendo que pudiera engañarme por teléfono, ninguna mujer puede pretender pasar por Sandra cuando deba presentarse ante todas nosotras, en mi boda.

—Desde luego, hay un objetivo para tramar una impostura semejante... Setecientos mil dólares que Sandra debe embolsarse tan pronto se persone en la oficina de los abogados de su difunto marido.

Claire se quedó sin aliento.

—¡Setecientos mil dólares! —musitó después.

—Una fortuna.

—Y ella, Sandra, ¿lo sabe?

—Se lo dijeron cuando murió su esposo, aunque no podía entrar en posesión de la herencia hasta transcurridos siete años, debido a que nunca fue encontrado el cadáver de él.

—Comprendo...

—¿Todavía sigue convencida de que fue Sandra la mujer que habló con usted por teléfono?

Ella ni siquiera titubeó.

—Sí —afirmó—. Estoy dispuesta a jurar que se trataba de Sandra.

Kent se encogió de hombros.

—Empiezo a darme cuenta de que este asunto no va a ser tan fácil como imaginé. A propósito, ¿le recuerda algo el nombre de Linda Angel?

Claire sonrió.

—Naturalmente. Es el nombre artístico de Louisa Cobb, otra de las muchachas del grupo que formamos en nuestros buenos tiempos.

—¿Amiga de Sandra?

—Como todas las demás, claro.

—¿Iba a asistir a su boda también?

—¡Naturalmente!

El sacudió la cabeza.

—Lea los periódicos, muchacha —aconsejó—. Sabrá que la rubia Linda Angel ya no irá a ninguna parte porque está muerta.

Claire se estremeció.

—¿Muerta? —jadeó—. No le creo...

—La asesinaron anoche. Y ahora sospecho que las cosas están mucho más embrolladas de lo que pensé en un principio. Por un botín de setecientos mil dólares puede hacerse cualquier cosa, incluso matar.

—¿Por qué a Louisa? Es absurdo... y terrible.

—Lamento haber tenido que ser yo quien le diera la noticia. Tal vez vuelva a verla, Claire, si necesito alguna aclaración a cuánto me ha dicho.

—Venga cuando quiera... Haré todo lo que esté en mi mano por ayudarle.

—Gracias. Y ahora, si no tiene inconveniente, me gustaría tener una lista de todas las otras muchachas de su grupo.

—Se la daré ahora mismo.

Le dejó solo unos instantes y cuando regresó traía la lista escrita en una hojita de papel arrancada de un librito de notas.

—Aquí están todas —murmuró Claire—. Sandra, Nicole, Vicky... En fin; todas ellas.

—Se lo agradezco.

Estrechó su mano y abandonó la casa. El taxista dormitaba sobre el volante y le despertó sacudiéndole por el hombro.

—Vamos a hacer un recorrido por la ciudad, amigo. Vea esta lista de nombres y direcciones —dijo, pasándole la hoja de papel—; empiece por la más cercana y luego seguiremos con las demás, por orden. ¿Entendido?

—No es difícil.

La primera visita correspondió al hotel Carlton. No se entretuvo

en recepción, sino que subió directamente a la habitación
26-A,

donde llamó repetidamente con los nudillos.

Una voz armoniosa indagó desde el otro lado de la madera:

—¿Quién?

—Vengo de parte de Claire Benedit.

—Un momento.

Cuando se abrió la puerta, Kent sintió un escalofrío de excitación, porque la rubia ceniza que tenía delante quitaba el resuello.

—Usted es Nicole, por supuesto —dijo con voz poco segura.

—Y usted, ¿quién es, amigo? Espero que no sea una treta eso de que viene de parte de Claire...

—Nada de tretas. ¿Puedo entrar?

—Pase.

La observó tan de cerca que el suave aroma que se desprendía de su cuerpo le envolvió.

—Creo que llamaré a Claire para asegurarme de lo que usted dice —murmuró Nicole, pensativa.

—Hágalo. Acabo de separarme de ella antes de venir aquí.

—¿Su nombre, por favor?

—Alan Kent.

Nicole descolgó el teléfono, titubeó, y acabó dejándolo otra vez en su sitio.

—Voy a fiarme de su palabra —sonrió—. ¿Qué es lo que quiere?

—Es un tanto abstracto lo que busco... ¿Recuerda usted a Sandra?

—Naturalmente que sí.

—¿Sabe usted si está viva o muerta?

—¿Sandra? Viva, creo yo.

—Lo dudo...

Y explicó todo el asunto tal como él lo conocía.

Observó el rostro de la muchacha cambiar de expresión a cada impacto que las noticias le producían. Y al oír que Louisa Cobb estaba muerta se estremeció y buscó apoyo en el respaldo de una silla.

—¡No es posible! —balbuceó, aterrada—. Yo estuve con ella anoche...

—¿Anoche? —exclamó Kent—. ¿A qué hora?

—No sé qué hora sería... justamente cuando terminó su actuación. Salimos juntas y fuimos a cenar a un *bistró* italiano para recordar los viejos tiempos... ¡Dios! No puedo creer que esté muerta.

—Desgraciadamente, de eso no cabe ninguna duda. ¿Hablaron de Sandra mientras estuvieron juntas?

—¡Oh, sí! Comentamos la desgracia que tuvo, recién casada... la manera absurda y brutal como su esposo encontró la muerte y estuvo a punto de arrastrarla a ella también hasta el fondo del mar... ¡Claro que hablamos de Sandra, anoche!

—Y usted, ¿la vio alguna vez, después del accidente?

—Sólo aquellos primeros días. Después, desapareció y nunca volví a saber de ella.

—Y Louisa, ¿le dijo si había vuelto a verla desde entonces?

—No... pero a juzgar por su manera de hablar estaba en la misma situación que yo.

—Dejando a Sandra un poco de lado... ¿Qué impresión sacó de su entrevista con Louisa Cobb?

—Temo que no comprendo lo que se propone usted...

—Recuerde que fue asesinada. ¿La encontró nerviosa, excitada, o asustada tal vez?

—No; sólo me pareció amargada, cansada.

—¿No le dijo nada que permitiera pensar que temía a alguien?

—En absoluto. La mayor parte de nuestra conversación versó sobre la próxima boda de Claire, y la posibilidad de reunimos todas nosotras, después de tantos años. Y hablamos de Sandra también, naturalmente.

El cabeceó, pensativo e intrigado. Una vez más, pensó en la mujer que viera alejarse del callejón preguntándose qué relación tendría con los sucesos.

De pronto, Nicole preguntó:

—¿Qué es usted, policía?

—Olvidé decírselo. Privado solamente. Trabajo por cuenta de los abogados de la testamentaría de Sandra. Me encargaron localizarla para hacerle entrega de los setecientos mil dólares.

—Ya veo. Y creo que no me he portado como una buena anfitriona con usted. ¿Le apetecería beber... Kent?

—Ésta es una pregunta que sólo tiene una respuesta: Sí.

Ella rió, y durante unos instantes la tensión que la había dominado se esfumó. Para Alan Kent fue un nuevo descubrimiento, porque cuando ella reía y se mostraba natural y sincera redoblaba su encanto y la sugestión que parecía desprenderse de su cuerpo de soberbia belleza.

—¿*Whisky*?

—Con un poco de hielo estará bien.

Mientras ella preparaba los vasos, Kent recordó que tenía un taxi esperándole y dio un respingo, pero ella ya volvía con el licor y ambos brindaron silenciosamente.

—Gracias —comentó—, es un excelente *whisky*. ¿Por qué cree usted que mataron a Louisa?

Nicole dio un respingo y casi se atragantó.

—Hace usted las preguntas más sorprendentes. ¿Cómo puedo saberlo? Pero entiendo que usted piensa que su muerte está relacionada de algún modo con la búsqueda de Sandra... o la herencia de ésta por lo menos.

—Empiezo a sospecharlo. Todo este asunto es extraño, Nicole... Recuerde que según los archivos de la policía Sandra murió hace más de cinco años. Se encontraron sus documentos y el cadáver fue identificado. Sin embargo, Claire afirma que habló con Sandra hace sólo veinticuatro horas, y está dispuesta a jurarlo basándose sólo en la voz...

—La voz de Sandra era inconfundible —corroboró Nicole.

—Eso dijo Claire también. Bueno, o se trata de una impostora a pesar de todo, o la mujer que murió lo hizo en lugar de Sandra. Ambas suposiciones son para preocuparse.

—Comprendo...

Alanapuró el licor. De repente se le ocurrió otra cosa y exclamó:

—¡Eso podría solucionar el problema!

—¿Qué problema?

—Reunirlas a todas.

—Justamente es lo que vamos a hacer cuando se celebre la boda de Claire.

—Antes de eso, Nicole. ¿Cree usted que podría hacerse?

—¿Y Sandra? No sé cómo llamarla, ni creo que lo sepa Claire.

—Es cierto. Fue la propia Sandra quien la llamó —recordó él,

desalentado.

—Puedo llamar a las demás... he hablado con casi todas ya. Pero a usted quien le interesa en realidad es Sandra.

—Lo que quiero saber sin la menor sombra de duda es si está viva o muerta, y si la que habló con Claire era una impostora. Me pagan para eso.

—Claro, claro... pero eso no podrá saberlo usted hasta que tenga lugar la boda y estemos todas allí.

—Creo que estoy tan impaciente como el novio para que se celebre esta maldita boda —rezongó Kent entre dientes—. Oiga, ¿qué le parece si asisto a ella como su acompañante, Nicole?

Riendo, la muchacha exclamó:

—Creo que sería emocionante.

—¿Es eso lo que piensa?

—Sí, naturalmente.

—Entonces... se me ocurre que deberíamos conocernos mejor usted y yo, para que no seamos unos extraños en la fiesta.

—Sin tantos rodeos...

—Sin tantos rodeos, ¿tiene usted compromiso para esta noche?

Ella cabeceó.

—Lo siento —refunfuñó el detective—. Había pensado que una cena y un poco de baile después contribuirían a nuestro mutuo conocimiento.

—Llegó usted tarde. Pero mañana estoy libre, si le interesa todavía estrechar ese mutuo conocimiento.

—Me interesa, ¿cómo no?

Nicole rió suavemente.

—Haré algo más en su obsequio —prometió—. Hablaré con las otras muchachas, y si alguna sabe algo concreto de Sandra, la invitaré a cenar con nosotros mañana.

—Ésta es una gran idea... si no tuviera un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?

—Que tres son una multitud en determinadas circunstancias.

—Oh, entiendo.

—Mire, si alguna sabe algo, cítela para mañana tarde y yo acudiré a verla. Después, usted y yo nos dedicaremos única y exclusivamente a ese diplomático pasatiempo de cenar juntos.

—Está bien, conforme.

El dejó el vaso sobre la mesita y se levantó.

—Ahora debo irme o empezarán a embrollarse mis ideas. La llamaré por la mañana.

—Buena suerte, Kent.

El estrechó su mano, reteniéndola entre las suyas.

—Me pregunto cuántas veces le han dicho que es usted un encanto, Nicole... No, no me lo diga, ya sé que han sido millares, pero lo repito una vez más por lo menos.

—Nunca me lo dijeron de esta forma.

—Entonces, me he apuntado un tanto.

Inclinó la cabeza y rozó suavemente sus labios en un beso que casi no lo fue.

—Hasta mañana —murmuró la muchacha.

—Aquí ocurre algo raro —dijo Alan.

—¿Qué?

—Tengo más años de los que quisiera tener, y, no obstante, me siento como un colegial en su primera cita. ¿No es ridículo?

Ella sacudió la cabeza.

—No, Kent... es algo muy hermoso.

—Tal vez.

Giró sobre los talones y salió, oyendo cerrarse la puerta a sus espaldas.

El taxista levantó la cabeza, y Kent le espetó:

—El paseo terminó, viejo. No más visitas por hoy.

Le dio las señas de su oficina y se recostó en el asiento.

Cerrando los ojos, sintió en los suyos la turbadora fragancia de los labios de Nicole...

CAPÍTULO VXIII

Le costó dar varias vueltas antes que quedara libre un lugar donde estacionar el coche, cercano a la entrada del edificio de apartamentos.

Alan paró el motor y se dispuso a esperar. Encendió un cigarrillo y trató de imaginarse cuál de las ventanas que veía correspondía al apartamento de la mujer de cabello negro y largo que siguiera la noche anterior.

Oscureció y las luces de la calle se encendieron. De vez en cuando alguien entraba en la casa, pero no vio salir un alma hasta mucho después.

Fueron una pareja que se detuvieron en la acera hasta que pasó un taxi. Ella era rubia y mucho más baja que la dama que esperaba.

Después, transcurrió media hora más y tres cigarrillos. Un hombre apareció en el portal, encendió un cigarrillo y se alejó por la concurrida acera.

Más tarde, los viandantes empezaron a escasear. Vio llegar un hombre, que penetró en el portal como si tuviera prisa.

Minutos después, dos individuos aparecieron también y entraron en el edificio, y muy poco tiempo más tarde otro solitario apresurado penetró en la casa.

Kent arrugó el vacío paquete de cigarrillos y se recostó contra el asiento, sin perder de vista el portal. Tal vez la mujer no saliera esa noche, o estuviera ya fuera y sólo pudiera verla a su llegada, en cuyo caso debería moverse muy rápido para averiguar en qué apartamento vivía.

Transcurrió un tiempo interminable. La calle, desierta, parecía ahora inhóspita y lúgubre.

Sólo de vez en cuando cruzaba un coche apresurado y tras él todo volvía a ser silencio y quietud.

Y de repente, ella estuvo allí como si hubiera surgido de la

tierra. Alta, de bellísima silueta recortada contra la escasa luz del interior, los largos cabellos negros cayéndole en cascada sobre los hombros.

Kent no pudo verle las facciones, pero adivinó más que nada la belleza de aquel rostro envuelto en sombras, intuyó que aquélla era la mujer que había estado esperando y silenciosamente se deslizó fuera del coche por el lado de la acera.

Protegido por la sombra del auto, contempló cómo ella se ponía pausadamente sus guantes. Luego, echó a andar alejándose del lugar en que el detective permanecía oculto. El seco golpeteo de sus tacones sonó claramente en el silencio de la calle.

Kent esperó unos segundos y luego fue tras ella, siguiéndola desde el lado opuesto de la calzada.

Apenas se había alejado una manzana de casas, cuando un hombre apareció en el portal solitario. Titubeó unos instantes y luego cruzó para acercarse al auto que el detective acababa de abandonar.

Allí miró arriba y abajo, convenciéndose de que no había nadie observándole. Tras esto, valiéndose de una pequeña linterna eléctrica, leyó la patente del coche.

Apagó la linterna y probó la portezuela. Estaba abierta.

Se introdujo dentro y registró la guantera y las bolsas laterales.

Refunfuñando al no encontrar más que una botella plana de *whisky*, de la que bebió un trago a pesar de todo, saltó del coche y regresó a la casa.

Ella entró en un cine. Allí, en el vestíbulo, Kent pudo verle el rostro por primera vez y se quedó sin aliento, porque había imaginado que sería una mujer hermosa, y ahora comprendía que superaba incluso a su imaginación. Era realmente de una belleza sorprendente.

La contempló sólo durante unos segundos, antes que ella entrara en la sala. Compró él una entrada y la siguió.

Llegó a tiempo de ver a la joven acomodadora conducir a la mujer de negra cabellera hasta una fila de butacas situadas a la mitad de la platea.

Kent consiguió sentarse detrás, de modo que frente a él tenía la cabeza de su perseguida recortada contra el colorido de la pantalla.

Apenas prestó atención a la película. Estaba pendiente de ella, de sus menores gestos, y así creyó comprender que la dama tampoco estaba muy atenta al desarrollo del filme.

Pensó que tal vez aquél era el lugar elegido por ella para encontrarse con alguien. Una cita quizá, lo que explicaría que lo que sucedía en la pantalla le importase tan poco. Pero si era así no cabía duda que su amigo se retrasaba con exceso.

La película terminó y las luces se encendieron. Ella no miró atrás ni una sola vez. Siguió allí quieta, abstraída.

Alan cambió de idea. La dama no esperaba a nadie, ni prestaba atención a la pantalla. Había entrado en el cine por otros motivos.

Empezó a pensar en cuáles podían ser esos motivos. Tal vez necesitaba matar un par de horas. O...

Se enderezó en la butaca. Quizá todo era una trampa que le tendían.

Absurdo, se dijo empezando a ponerse furioso consigo mismo. ¿Cómo podían tenderle una trampa si ni siquiera le conocían?

Antes que volvieran a apagarse las luces, la mujer se levantó con gesto impaciente y se encaminó resueltamente a la salida.

Refunfuñando, Kent le dio tiempo a desaparecer antes de levantarse y reanudar la persecución.

En la calle vio que había emprendido el camino de regreso y continuó tras ella. Seguían el mismo camino que al ir hacia el cine y no tardaron en llegar al edificio de apartamentos, donde ella entró taconeando rápidamente.

Esta vez, Kent llegó a tiempo de evitar que la puerta automática se cerrara por completo. Escuchó y la oyó subir las escaleras, de modo que empujó y se coló al interior.

No había luz. Los pasos de la mujer sonaban ahora en uno de los pisos superiores. Se dispuso a subir también, resuelto a averiguar en qué apartamento vivía, y justo en aquel instante el mundo pareció derrumbarse sobre su cabeza.

Fue un golpe seco y demoledor, algo que explotó en medio de un centelleo de luces que bailaron unos instantes dentro de su cráneo para apagarse después sumiéndole en la oscuridad más absoluta.

Cayó y apenas si notó el golpe contra el suelo. Semiinconsciente, se dio cuenta de que alguien le levantaba y luego, zarandeándole

brutalmente, le subían por las escaleras en silencio.

Todo era confusión en su cerebro cuando comenzó a captar las voces que sonaban lejanas y débiles.

Parpadeó. Un dolor punzante le azotó como si alguien clavara multitud de cuchillos en su cráneo y no pudo contener un gemido.

—¿Puede oírme? —preguntó una voz lejana.

Vio varias figuras como si estuvieran envueltas en niebla.

Su visión fue aclarándose mientras alguien continuaba haciéndole preguntas que apenas entendía.

Al fin, vio al hombre inclinado sobre él y se dio cuenta que estaba sentado en una vieja butaca.

Era un hombre de facciones acusadas y ojos fríos como el hielo. Más allá había cuatro más observándole en silencio.

El hombre gruñó:

—¿Cómo se siente?

—Como si me hubiesen decapitado... ¿Quién fue el que me golpeó?

El tipo se enderezó, riendo entre dientes.

—Ya volvió de su viaje —cacareó un individuo gigantesco que permanecía en un segundo plano—. No le golpeé muy fuerte después de todo.

—¡Cierra la boca, Flynn! —rugió el que había hecho las preguntas.

Kent se acarició la dolorida cabeza.

—Me gustaría que alguien me dijera qué clase de manicomio es éste —refunfuñó—. ¿Por qué me atacaron?

—Usted metió las narices en un avispero, tipo listo.

—¿Qué? Todo lo que hice fue seguir a una dama que me interesó. Iba sola y...

—No se moleste con una historia como ésta, amigo. Leímos la patente de su coche y luego buscamos su nombre en la guía telefónica. Bueno, es un detective privado. Nos llevamos una buena sorpresa, ¿sabe?

—Ya veo.

—Así está mejor.

—Lo que no comprendo es cómo me descubrieron.

—Usted siguió a Marge anoche. Le vi desde la ventana, y me di cuenta que usted tenía un interés «muy especial» por ella. Casi

estuve seguro que volvería por aquí, así que le dije a la chica que saliera esta noche a dar una vuelta, con lo que usted mordió el anzuelo y todo fue fácil.

—Bueno, se apuntó un tanto, camarada.

—Yo siempre gano, en toda clase de juegos, detective de pega.

—Aceptado. ¿Qué es lo que sigue ahora?

—Sencillo. Yo pregunto y usted responde.

—Ahí es donde creo que se equivoca...

—No sea más tonto de lo que parece. Le obligaremos a hablar quiera usted o no.

—Hablaré sin tantas complicaciones. Lo que quiero decir es que lo que diga no le servirá de nada.

—Eso está por ver. Primero, ¿por qué siguió, a Marge anoche?

—Doy por sentado que Marge es la hermosa dama de negra cabellera...

—Exacto.

—Bueno, yo estaba en el lugar donde se cometió un crimen. La vi cómo se alejaba tratando de pasar inadvertida, de modo que me intrigó y la seguí.

—Así, sin más ni más, ¿eh?

—Ciertamente.

—De modo que decidió trabajar gratis —Ruy Galesy abandonó su tono burlón para espetarle con voz seca—: Está mintiendo, bastardo.

—No quiera pasarse de listo. Estoy diciéndole la verdad.

—Y yo voy a creerle. ¿Me toma por un imbécil? Alguien le paga, y yo quiero saber quién y por qué, es así de fácil. De modo que ya lo sabe. ¿Quién, y por qué?

Kent sacudió la cabeza, pero el movimiento reavivó el vivo dolor y detuvo el gesto a la mitad ahogando un gemido.

—Le repito que todo lo que sucedió fue lo que le he dicho. Me pagan por un trabajo que no tiene nada que ver con ustedes. He de encontrar a una mujer por cuenta de una firma de abogados, eso es todo, lo crea usted o no.

—No.

—¿Qué?

—No lo creo. Invente otra historia o le haremos pedazos. Así que empecemos otra vez.

Alan gruñó:

—No sacaré nada más aunque me ahorquen.

—Eso está por ver —rezongó Galesy.

Hizo una seña y Flynn se acercó, bamboleándose. El gigante empezó a frotarse las manos con satisfacción anticipada.

—Ablándale un poco, Flynn —ordenó Galesy—. Lo suficiente para que hable, ¿entiendes? No vayas a matarlo antes de tiempo.

Kent tensó todos sus músculos, atónito. No comprendía aquella brutalidad en un asunto del que no sabía una sola palabra.

Flynn emitió una especie de cloqueo y basculó sus enormes puños arriba y abajo, a un paso del detective.

—¿Dónde te gustaría recibir los trancazos, amigo? —rió.

Kent empezó a levantarse poco a poco sin apartar los ojos del rostro brutal y simiesco del matón.

—En ninguna parte —dijo suavemente—. Pero si tuviera una pistola la cosa sería más sencilla contigo.

Una carcajada sacudió el enorme corpachón de Flynn.

De pronto, sin dejar de reír, largó un zurdazo terrible dirigido a la cabeza de su víctima.

Sólo que Kent se movió con la velocidad del rayo, esquivando el puño por una pulgada y lanzando su derecha convertida en una tabla rígida.

Los dedos se hundieron salvajemente en el plexo solar del gigante. Sonó un escandaloso resoplido cuando Flynn se encogió dolorosamente sorprendido.

Antes que saliera de su estupor, Kent disparó un puntapié que dio justo donde había calculado. Un salvaje aullido retumbó en la estancia cuando el gorila cayó de rodillas, retorciéndose y boqueando.

Alguien gritó una advertencia y Galesy empezó a salir de su aturrido asombro, moviéndose.

Pero antes que nadie pudiera intervenir, la punta del zapato derecho de Alan Kent retumbó bajo el mentón de Flynn con la fuerza de un cohete. Hubo un chasquido, un alarido y los ojos del gigante giraron hasta mostrar el blanco absoluto.

Tras esto, aquella mole de músculos cayó de espaldas con un impacto que hizo retemblar las paredes.

Galesy no pudo contener un rugido de ira. Esgrimió una pistola

como si fuera una maza y levantándola descargó un culatazo escalofriante.

Kent trató de eludir el golpe. Lo consiguió sólo a medias, ya que sintió un dolor espantoso en la base del cuello, allí donde el arma golpeó, y trastabillando retrocedió hasta encontrar la pared a sus espaldas.

Para entonces, otras tres pistolas le apuntaban y comprendió que el juego no tenía otro final que aquél.

Galesy barbotó:

—¡Te haré pedazos, maldito fisgón!

—Estás cometiendo un error, matarife —le advirtió Alan, jadeando como un fuelle.

—Sí, ya sé... ¡Sujetadlo!

Dusty, Hughes y Evans guardaron sus armas y se aproximaron al detective separados entre sí, Galesy amartilló la pistola y le advirtió:

—Esto se acabó, bastardo. Resístete y te lleno de plomo.

—No te atreverás a disparar aquí... el disparo se oiría a una milla de distancia...

—No sueñes. Estas paredes están hechas a prueba de ruidos.

Los tres saltaron sobre él de improviso. Kent disparó sus puños con las últimas fuerzas que pudo reunir. Notó que la nariz de Dusty se aplastaba bajo el salvaje impacto, pero eso fue todo lo que pudo hacer.

Se sintió sujeto y zarandeado. Su cabeza golpeó contra la pared varias veces y todo el dolor del mundo pareció estallar en su cerebro.

Galesy se aproximó, barbotando obscenidades. Su mano armada subió y bajó y el golpe estalló en la sien del detective como la coza de una mula.

Dejó de debatirse y cayó. Los dos pistoleros le soltaron y rebotó contra el suelo como un fardo.

Dusty, chorreando sangre por su rota nariz, le dedicó una catarata de insultos antes de volver a apretarse el pañuelo a la cara.

Pero Kent ya no se enteró porque había entrado de nuevo en la región donde imperaban las sombras de la muerte.

CAPÍTULO IX

Violentas náuseas le torturaron durante unos minutos, tumbado en el suelo, junto a la pared.

Exhausto, permaneció inmóvil. Oyó la voz de Galesy que gruñía:

—¿Dónde encontramos un médico discreto, maldita sea? Hace dos meses detuvieron a Murray, y supongo que sigue encerrado.

—Tenemos que hacer algo por Flynn... tiene la mandíbula rota y su aspecto no me gusta nada.

—¿Y mi nariz qué? —se quejó Dusty con voz nasal.

—¡Cállate, condenado! —rugió Galesy fuera de sí.

De pronto, la voz de la mujer intervino:

—¿Cómo se llamaba el médico que te curó cuando tuviste el accidente, Ruy?

—Coleman, pero no nos sirve. Iría con el cuento a la policía. Flynn muestra las señales de una pelea... ese matasanos querría saber demasiadas cosas.

—Me pareció que era avariento como un judío, Ruy. Inténtalo, o Flynn no lo contará.

La voz de la mujer era calmosa y tranquila. Pareció ejercer cierto influjo sobre los hombres, porque Evans refunfuñó:

—Marge tiene razón, Ruy. Si ese matasanos es tan ambicioso como ella dice cerrará la boca por un puñado de billetes.

—Está bien, llámale tú, Marge. Te recordará, supongo.

Ella taconeó fuera de la estancia. Kent sintió una súbita sensación de alivio al pensar que por lo menos dos de aquellos energúmenos estaban heridos de consideración.

Oyó vagamente hablar a Marge por teléfono en la estancia vecina. Siguió inmóvil, y así pudo captar las palabras de Evans cuando preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con el fisgón, Ruy?

—Sólo podemos hacer una cosa —refunfuñó el cabecilla—.

Llevarle a las afueras y pegarle un par de tiros.

Alan casi se levantó de un brinco al oír tamaña salvajada.

Evans titubeó.

—¿Crees que no hay otra salida? —murmuró, inquieto.

—Dejarle vivo es poner en peligro un millón de dólares, así que tú verás lo que hacemos. Ese fisgón no iba detrás de Marge solamente, eso está descartado, así que investiga nuestras actividades.

—Pero ¿por qué, Ruy? Nadie conoce nuestros planes.

—Maldito si lo sé. Y te diré que ahora ya maldito si importa. Hemos de librarnos de él definitivamente y plantear todos los planes otra vez, porque es evidente que no podremos contar con Flynn.

Nadie le replicó, pero la voz de la mujer anunció desde la puerta:

—El doctor Coleman está en camino, Ruy. Le he indicado algo por teléfono, especialmente que es un trabajo confidencial y bien pagado. Me ha parecido dispuesto a colaborar.

—Está bien. Ahora vete a tu habitación mientras nosotros terminamos este asunto.

—Ruy...

—¿Qué te pasa ahora?

—Ese hombre...

—¿Sí?

—¿Y si fuera cierto que sólo anda buscando a una mujer?

—Tú eres idiota, primor. Anda, lárgate. Hughes y Evans se ocuparán de él.

—¿Quieres decir que...?

—¡Lárgate, maldita sea!

Kent la oyó retroceder. Abrió un poco los ojos sin moverse y vio las lindas piernas de Marge junto a una puerta interior.

Estaba terriblemente dolorido, pero una tempestad de ira le dominaba por momentos.

Sintió las manos de los dos rufianes levantándole del suelo. Simuló seguir inconsciente hasta que sus pies quedaron asentados en el suelo.

Ruy Galesy barbotó:

—Vas a salir a tomar el aire, fisgón... ¿Me oyes?

Kent cabeceó.

—Ajá. Pórtate bien, muchacho... sólo es un paseo, ¿comprendes?

Había una insana burla en la voz del bandido. Kent se dominó todavía. Los dos rufianes seguían sosteniéndole por ambos brazos.

La muchacha empezó a decir algo, pero cambió de opinión y calló. La oyó cambiar de posición, moviéndose sobre sus altos tacones.

Entonces empezaron a empujarlo hacia la salida.

Kent aspiró hondo y golpeó.

El codo derecho se hundió en el estómago de Evans, lanzándolo hacia atrás, berreando.

Hughes le soltó para golpear a su vez, pero encajó un trallazo en un ojo y saltó también hacia atrás.

Ruy hundió la mano en la axila en busca de su arma. Kent brincó sobre él cazándole con un zurdazo respaldado por todo su peso y empuje.

Galesy lanzó un alarido y se derrumbó de espaldas.

Evans saltó sobre Kent y ambos rodaron por el suelo envueltos en un confuso montón de brazos y piernas.

Hughes, con un ojo cerrado y sangrando, trastabilló hacia ellos, tan aturdido que pisoteó a Galesy cuando éste intentaba recobrar el aliento. Galesy le soltó un puntapié, loco de ira, y Hughes se derrumbó de nuevo, bramando como una bestia.

Kent pudo cazar a Evans con el borde de la mano en la garganta y el bandido perdió todo interés por las cosas de este mundo, ahogándose, jadeando como un fuelle, peleando para introducir aire hacia sus secos pulmones.

Kent se levantó con dificultad. Todo daba vueltas a su alrededor, pero sabía que luchaba por su vida y trató de reponerse lo más pronto posible.

Galesy se había levantado también. De nuevo atacó y esta vez hundió su puño en el hígado del detective. Kent salió lanzado hasta golpear la pared con sus espaldas.

Antes de que pudiera reaccionar, Galesy estaba de nuevo sobre él. Manejaba los puños como mazas y sus golpes fueron igual que martillazos retumbando en el castigado cuerpo de Kent, que replicó cómo pudo, manteniéndole a raya unos instantes.

Vio a Hughes avanzar dando traspiés, la cara convertida en una horrible máscara de sangre y se estremeció.

Bramando, Galesy le cayó encima una vez más. Le paró con un puntapié en la ingle que arrancó un largo alarido al bandido.

Por el rabillo del ojo vio moverse a Marge y se preguntó si también ella se aprestaba a intervenir en la gresca, pero se desentendió de la mujer para esquivar a Hughes, que intentaba cerrar sus manos como garras en torno a su cuello. Le golpeó en el estómago primero y en la cara después.

El puño le resbaló por la sangre que cubría aquel rostro desfigurado.

Entonces, Galesy le cazó por detrás. Un golpe demoledor propinado con la pistola en el mismo lugar que ya le habían machacado antes.

Hubo un estallido y un grito de la muchacha. Kent cayó hacia adelante debatiéndose en la penumbra de la inconsciencia. Sus manos se aferraron a un cuerpo firme y suave a la vez, y al caer arrastró a Marge.

La sintió entre sus manos, debatiéndose. Las manos de la mujer fueron duras y resueltas cuando lo apartaron brutalmente. Después, su cabeza golpeó contra el suelo y todo acabó.

Estaba viajando a bordo de un coche, de eso no le cupo ninguna duda cuando recobró el sentido. Oía el suave zumbido del motor y el chillido de las ruedas en las curvas.

Aquél era el viaje final y definitivo. No se hizo ilusiones esta vez. Sabía que no le quedaban fuerzas para seguir peleando, y menos en un auto y con dos pistoleros por lo menos.

Con precaución abrió un ojo. A poca distancia de su cara estaban los pies de un hombre. Él estaba tendido sobre la alfombra del compartimento posterior de un turismo. Así que uno conducía y el otro le vigilaba.

Gimió, tratando de moverse.

Al instante, la voz nasal de Hughes le advirtió:

—Intenta algo y te vuelo los sesos aquí mismo.

Vio el negro agujero del cañón de una pistola casi rozándole la frente. Sintió un sudor frío inundarle el cuerpo.

—¿Ya despertó?

Era la voz de Evans, desde el lugar de conductor.

—Eso parece, ¿qué te parece, paramos aquí mismo?

—No, seguiremos un par de millas más adelante. Hay un buen lugar junto al acantilado.

Kent consiguió sentarse sobre la alfombrilla.

—Se salieron con la suya —refunfuñó con voz débil.

—Bastante trabajo nos diste, bastardo. Ahora, no quieras precipitar las cosas, ¿eh?

—Creo que no podría hacerlo, aunque quisiera...

El coche tomó una curva a buena velocidad. La inercia le tiró de costado contra el respaldo delantero y algo muy duro se le incrustó contra el costado, doliéndole violentamente.

Se enderezó cómo pudo. Llevó la mano al bolsillo lateral de la chaqueta y sus dedos se cerraron en torno a la culata de un pequeño revólver.

Casi se levantó de un salto, porque era la primera vez que lo sentía en la mano. Él sabía bien que no llevaba arma alguna cuando le cazaron...

Acarició el revólver familiarizándose con él. Apenas podía dar crédito a lo que sentía entre los dedos, porque era algo que escapaba a su comprensión.

Hughes gruñó:

—Colócate de espaldas contra la portezuela que tienes detrás. Y no tengas ideas raras porque está cerrada con el seguro. Quiero verte bien, compañero.

El empezó a deslizarse hacia atrás. Notó el suave tapizado de la portezuela en la espalda.

Entonces, sin sacar el revólver del bolsillo, levantó el cañón y disparó dos veces seguidas, tan rápidamente, que las dos detonaciones se confundieron en una sola.

Hughes saltó hasta el techo. Una expresión de inmenso estupor se reflejó en su rostro, mientras luchaba para disparar a su vez.

Kent no le dio cuartel. Sacó el revólver y casi sin apuntar le incrustó otro proyectil en la cara.

Evans aplicó los frenos con violencia, volviéndose asustado.

Se encontró mirando el cañón de un pequeño revólver niquelado y brillante. La voz de Kent le advirtió:

—¡Aparta las manos del volante y este chisme te mandará al infierno igual que si fuera un «45»...!

Evans tragó saliva con dificultad. Miró de reojo el cuerpo retorcido de su compinche, que empapaba el asiento posterior con la sangre que brotaba de sus heridas y asintió con un gesto.

Kent tanteó el suelo hasta encontrar la pistola automática de Hughes. Tras esto, pasó por encima del respaldo delantero, sentándose al lado del aterrorizado Evans.

—Muy bien, camarada. Da la vuelta. Regresamos.

Evans obedeció. Kent le tanteó los bolsillos hasta arrebatarle la automática que llevaba.

—Veremos qué tiene que decir ahora tu apreciado jefe, muchacho.

No replicó. Kent añadió, burlón:

—Maldito si sé cómo este revólver vino a mi bolsillo, pero, de cualquier modo, este chisme significa el fin de vuestro negocio.

—Es... es el revólver de la chica...

—¿De Marge?

—Sí... se lo vi varias veces —balbució el pistolero.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa.

—Yo vi que sus manos se movían muy aprisa cuando le cayó encima... ¡Maldita perra!

Kent le sacudió un trastazo con el cañón del revólver que abrió un rojo surco en su mejilla.

—Cuando te refieras a una dama, hazlo con respeto, chico.

Evans ahogó el dolor y la ira y se dedicó a conducir de regreso a la ciudad.

De pronto, Kent gruñó:

—Cuéntame algo del gran negocio, chico.

—¡Vete al infierno!

—Mira, tu compinche está en los eternos cazaderos. Si me pones nervioso no me importará mandarte a ti para que la acompañes en su largo viaje. Y te aseguro que no bromeo. Quiero saber qué negocio era el que estaba en marcha cuando yo me interpusé sin saberlo.

—¿Sin saberlo?

—Eso he dicho. Vamos, no hagas que acabe la poca paciencia que me queda.

—Pregúntele a Ruy cuando lleguemos —barbotó Evans.

Sin previo aviso, Kent le golpeó. El coche dio unos bandazos

cuando Evans se echó a un lado, rugiendo de dolor.

Alan se dio cuenta de que se había pasado de rosca. El vehículo saltó la cuneta y fue a empotrarse de nariz contra el talud.

El batacazo le arrojó de cabeza contra el parabrisas. Se irguió a tiempo de ver desaparecer a Evans más allá de la portezuela abierta.

Le gritó que se detuviera, pero sin resultado.

Se apeó a su vez. El pistolero se alejaba comiendo como un gamo.

Para ese tipo de cacería, el pequeño revólver no iba a servirle de nada, así que empuñó la pistola automática del pistolero muerto y comenzó a disparar.

Mandó bala tras bala contra el fugitivo hasta verle detenerse en seco, trastabillar, y, al fin, derrumbarse de bruces.

Mascullando entre dientes, Kent corrió hacia donde había caído Evans.

Éste ya no volvería a conducir jamás. Nadie se mueve con una bala en la nuca y otra en la espalda...

CAPÍTULO X

No recordaba haber estado tan furioso en su vida. Ni tan cerca de la muerte tampoco, dicho sea de paso.

Kent se detuvo ante la puerta del apartamento y aspiró hondo. Comprobó que el revólver tenía aún algunas balas y lo guardó en el bolsillo, para empuñar la pistola automática, más impresionante que aquel juguete.

El cargador de la pistola contenía aún tres cartuchos, de modo que había suficientes si le obligaban a disparar.

Entonces llamó a la puerta resueltamente, casi seguro de que Galesy abriría, creyendo que eran sus compinches regresando de su excursión asesina.

Y así fue.

El propio Ruy apareció cuando abrió la puerta confiadamente para encontrarse mirando el mortífero cañón de la pistola que perteneciera a Hughes.

—Hola, compañero —gruñó Kent, incrustándole el cañón en la barriga.

Entró y cerró la puerta con el pie. Galesy estaba paralizado.

Kent le libró de la automática que llevaba en la axila y tras esto dijo:

—Vas a servirme de escudo por si tus compinches tienen ganas de pelea. A propósito, ¿dónde está Marge?

—Se fue —barbotó el bandido.

—¿A estas horas?

—¡Te digo que se largó! Mientras yo estuve con el médico, en la habitación, ella se largó sin una palabra...

—Bueno, no me sorprende. ¿Dónde están tus dos compinches?

—Flynn duerme... el médico le aplicó una inyección.

—¿Y el otro?

La voz de Dusty, apenas inteligible a causa del enorme vendaje

que protegía su nariz, refunfuñó:

—Muévete y te lo diré con plomo...

Kent soltó una risita.

—Tendrás que agujerear a tu jefe, camarada... o lo haré yo si no sueltas la artillería.

Dusty estaba agazapado en el quicio de la puerta del dormitorio. Titubeó.

Galesy ordenó con voz histérica:

—¡Haz lo que te diga o me matará!

—De eso puedes estar seguro —ratificó Kent.

Dusty lo pensó dos veces antes de hacer nada. Al fin, arrojó la pistola y se mostró de cuerpo entero.

—Eso está mejor. Apártate de la pistola y colócate donde pueda verte bien... Así, ahora coloca las manos sobre la cabeza y no te muevas.

Él se deslizó hacia donde quedara el arma y, recogiénola, se la embolsó.

Dio un vistazo por la puerta del dormitorio. Flynn llenaba a rebosar la única cama y con la cara y parte de la cabeza cubierta por el rígido vendaje tenía cierta semejanza con una momia.

—Bueno, ahora cuéntame algo de todo esto, Galesy —dijo Kent...

—Tendrás que matarme, porque no te diré una palabra.

Le enseñó los dientes en una mueca.

—No creas que me importase mucho hacerlo... pero a menos que hagas méritos para recibir un plomo voy a dejarle ese trabajo al verdugo.

Levantó el teléfono sin dejar de apuntarles y rápidamente marcó el número de la policía.

Casi al instante obtuvo la comunicación.

—Quiero hablar con el teniente Kellerman —pidió—. Es un asunto urgente.

—Lo siento... el teniente no está aquí.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Nosotros le llamaremos si nos dice qué desea.

—No puedo perder tiempo. Tengo a dos pistoleros frente a mi pistola. Hay dos más muertos en una carretera y esto se puede poner muy desagradable de un momento a otro. Quiero hablar con

Kellerman de inmediato.

El policía del teléfono resopló, estupefacto, pero, al fin, dictó un número de teléfono y añadió:

—De todos modos, dígame dónde está usted ahora...

—Es justo —rió el detective—, informe por informe.

Dio la dirección y colgó, para marcar el número del teniente.

Oyó sonar el timbre repetidamente al otro lado. Al fin, la voz gruñona y soñolienta de Kellerman indagó:

—¿Qué pasa ahora?

—¿Kellerman?

—Sí.

—Habla Kent, teniente.

—¿Quién? ¡Oh, usted! ¿Sabe la maldita hora qué es?

—Usted ha dormido algo, yo no. Me han raptado, golpeado y llevado a dar el paseo sin regreso, así que no se queje. Tengo a unos pájaros frente a mi pistola y quiero saber si puedo despacharlos o espero a que los ejecuten en la cámara de gas...

—¿Se ha vuelto loco?

—Tengo ciertas dudas al respecto.

—¡Infiernos! ¿Dónde está?

Le dio las señas también, para añadir:

—Y no pierda tiempo, o alguien se le adelantará...

—Si está borracho le arrancaré la piel a tiras —prometió el policía antes de colgar.

Primero llegaron los componentes de una patrulla. Kent oyó el frenazo en la calle, pero no utilizaron la sirena.

Así que abrió la puerta y les esperó.

Los dos agentes de uniforme irrumpieron con los revólveres empuñados. Kent suspiró, guardándose la pistola.

—Son suyos —anunció—. Hay otro en la cama, bajo los efectos de un soporífero y...

—Más despacio. ¿Qué pasó?

—Miren, el teniente Kellerman, de Homicidios, está en camino. Esperen un poco y oirán toda la historia.

Le costó un poco convencerlos, pero decidieron esperar, vigilantes e intrigados.

Luego, aparecieron dos policías más de uniforme, acompañados de un sargento. Hubo otro escarceo, que interrumpió la llegada de

Kellerman.

—De modo que no estaba usted bebido cuando llamó —comentó el teniente después de oír la historia completa.

—En mi vida he estado tan sobrio. Y, por cierto, que no me vendría mal un buen trago...

Kellerman miró a Galesy.

—Ya hablará —le aseguró—. Llévenlos a mi despacho. Y ocúpense de trasladar a esa mole durmiente que hay ahí dentro.

Galesy y Dusty salieron, esposados, empujados por los policías.

Kellerman encendió un cigarrillo y comentó:

—De modo que todo fue una equivocación de estos tipos, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—Usted sólo siguió a esa misteriosa dama morena...

—Eso fue lo que dije.

—Sé que suele usted perder la chaveta cuando ve unas faldas bien rellenas, pero jamás imaginé que se dedicara a seguir a las mujeres por la calle sin más ni más.

—Si viera a esa dama no diría eso de «sin más ni más».

—Aunque fuera la mismísima Venus de Milo. ¿Qué esconde en la manga, Kent?

—Nada. Absolutamente nada.

—Escuche... Usted me habló de cierta mujer que buscaba. También explicó satisfactoriamente su presencia en el *cabaret* donde asesinaron a la bailarina...

—¿Y...?

Kellerman suspiró:

—Ayer tarde hablé con la novia... Con Claire Bénédict. Ella me contó toda la historia sin guardarse nada en el buche como hizo usted.

—Ya veo...

—Setecientos mil dólares son muchos dólares.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Qué tienen que ver esos pistoleros con la herencia?

—Nada. Nada absolutamente. Sé que es casi increíble, pero es la verdad, teniente. Me cazaron cuando seguía a la muchacha. Esos tipos llevan un gran negocio entre manos y creyeron que yo intentaba meter la nariz en sus manejos, eso es todo.

—¿Y dónde está ahora esa mujer?

—No lo sé. Galesy dice que se largó sin despedirse mientras el médico curaba a Flynn.

Kellerman reflexionó sobre todo esto. Refunfuñó algo ininteligible entre dientes y, al fin, se decidió a dar un vistazo por el apartamento.

Así descubrió la habitación donde estaba la maqueta y se quedó absorto, contemplándola.

Kent, que le había seguido, comentó:

—Apuesto que éste es el lugar del golpe... Ese tipo, Galesy, debe ser todo un estratega...

—Le haré escupir todo el maldito asunto así tenga que saltarle los dientes —prometió Kellerman, indignado.

—Bueno, mientras usted trabaja no le importará que yo vaya a dormir un poco, ¿eh? Tengo el cuerpo como si me hubieran pasado por una máquina de trincar carne.

—Lo creo. Estaba usted pidiendo a gritos que alguien le ajustase las cuentas...

Se encaminaron a la puerta. Un guardia seguía junto a ella, y el teniente le ordenó que permaneciera allí hasta que alguien fuera a relevarlo.

En la calle, Kent suspiró. Su coche continuaba en el mismo lugar en que lo dejó a su llegada.

Antes de despedirse, Kellerman todavía le advirtió:

—Si lo que esos tipos me cuentan no encaja con su historia, le sacaré de la cama a rastras y entonces alguien le pasará otra vez por una machacadora. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Entiendo.

Kellerman tomó su auto y se alejó. Kent, agotado, puso en marcha el suyo y le imitó, ansiando encontrar el lecho como no recordaba haberlo deseado jamás.

Suspiró, lleno de felicidad, cuando se tendió sobre la cama enfundado en un fresco pijama.

Apagó la luz y cerró los ojos. La pálida claridad del amanecer se insinuaba al otro lado de la ventana.

Una dulce laxitud le invadió, olvidados los dolores ante la proximidad del sueño.

En ese momento sonó el teléfono.

Kent dio un brinco y lo descolgó de un manotazo.

—¿Qué diablos pasa ahora? —bufó.

—¿Kent, es usted?

Era una voz de mujer. Una voz que identificó al instante, despabilándose.

—¡Marge! —exclamó.

—Sí... He estado llamando a intervalos durante horas. Quería saber si había conseguido escapar...

—Tengo su bonito regalo, Marge. Me salvó la vida.

—Fue cuanto se me ocurrió hacer.

—Nunca se lo agradeceré bastante. ¿Dónde puedo verla?

—En ninguna parte. Sólo quería asegurarme de que estaba usted bien, eso es todo.

—¡Espere!

—No, Kent. Es mejor así. Ahora tengo la oportunidad de rehacer mi vida y quiero aprovecharla. ¿Qué pasó con Ruy?

—¿Galesy? Está detenido. No volverá a ver la luz de la calle en muchos años, si es que no acaba en la cámara de gas de San Quintín.

—Ayudarle a usted fue una manera de ayudarme a mí misma también. Adiós...

—¡Escuche, Marge...!

Pero ella colgó el teléfono, y Kent, maldiciendo entre dientes, hizo lo mismo.

Empezó a pensar en aquella mujer y no llegó a ninguna conclusión. Le hubiera gustado saber qué estaba haciendo en las cercanías del *cabaret* la noche que mataron a Linda Ángel.

En realidad, le hubiera gustado saber muchas cosas más que seguían siendo un misterio después de todo lo sucedido.

Volvió a tenderse, pero el sueño parecía haber huido definitivamente.

Así que, entre unas cosas y otras, era de día cuando se quedó dormido.

CAPÍTULO XI

La hermosa dama salió del establecimiento de belleza y se alejó taconeando por la acera.

Su presencia causó una pequeña conmoción entre los peatones.

Un grupo de marinos relincharon de entusiasmo, abriéndole paso a la sugestiva trigueña.

Hubo un coro de silbidos admirativos y alguien dejó escapar una frase subida de color.

Ella ocultó una sonrisa y siguió su camino. El sol arrancaba destellos de oro viejo a sus cabellos cuidadosamente peinados.

Al fin, encontró una cabina telefónica y se encerró dentro.

Consultó un número en una pequeña guía y tras introducir unas monedas lo marcó.

Estuvo esperando unos segundos antes de oír la voz de una mujer preguntando quién llamaba.

—¿Nicole? —preguntó—. ¿Nicole Palmer?

—Sí. ¿Quién habla?

—Sandra.

Oyó la exclamación al otro lado.

—¡Sandra! —exclamó Nicole—. ¿Dónde estás? Tenemos que reunirnos cuanto antes. Soy tan feliz de oírte...

—Gracias... nunca te olvidé. Ni a ti ni a ninguna de las demás.

—Bueno, ¿dónde nos reunimos? —insistió Nicole.

—Tal vez esta noche, ahora estoy muy ocupada. Escucha, hablé con Claire y...

—Me lo dijo.

—Sí. Bien, ella aseguró que tú estabas tratando de reunirnos a todas, que te habías encargado de ese trabajo. Por eso te llamo.

—Es cierto.

—Bien, voy a ir a la fiesta, naturalmente, pero si entre tanto surge cualquier novedad voy a darte mis señas en la ciudad para

que puedas comunicarte conmigo... ¿Puedes tomar nota?

—Seguro que sí. Dime.

Sandra dictó una dirección y un número de teléfono. Luego dijo:

—Olvidé darle estas señas a Claire cuando la llamé, por eso te las facilito ahora. Cualquier novedad ya sabes...

—Lo recordaré, pero hemos de vernos, querida. ¡Tantos años sin saber nada de ti! Sandra, no debiste alejarte de nosotras en esa forma.

—Estaba moralmente destrozada. Además, las cosas no me fueron demasiado bien, ¿comprendes?

—Pero tienes una fortuna esperándote. Precisamente...

—Ya lo sé. Ahora ya no existe ningún inconveniente para que entre en posesión de la herencia.

—No entiendo nada, querida. ¿Me llamarás esta noche?

Oh, espera un momento... esta noche tengo una cita para cenar fuera...

Sandra rió suavemente.

—Diviértete mucho, Nicole. Ya te llamaré en cualquier momento. Mañana quizá...

Colgó. Estuvo unos instantes quieta, dominando el loco galopar de su corazón.

Después, abandonó la cabina y siguió su camino sembrando la admiración a su paso.

Nadie de cuántos la devoraban con la mirada podía imaginar siquiera que aquella hermosa mujer, sugestiva, soberbia y bella, significara la muerte para alguien que todavía no tenía nombre ni rostro...

Llegó la noche y se encendieron millones de luces en la ciudad.

Los anuncios llamearon en sus altos andamios de acero.

Los escaparates derramaron cascadas de luz en las aceras, y millones de ventanas se iluminaron dando fe de vida del palpitante de una ciudad.

Las ventanas de aquel apartamento no brillaron como las demás.

Dentro de la vivienda todo era oscuridad, negrura.

Una negrura en la que se agazapaba la muerte.

La mujer estaba hundida en una butaca, inmóvil, esperando.

Respiraba suavemente, tranquila, las manos lacias sobre los acolchados brazos del butacón, mirando frente a sí sin ver lo que

ansiaba.

Levantando los ojos, podía distinguir el pequeño rectángulo del ingenioso espejo colocado sobre el respiradero de la puerta. En el espejo se reflejaba el rellano de la escalera alumbrado por una lámpara de poca potencia.

Un silencio opresivo flotaba en la estancia a oscuras. La mujer, inmóvil suspiró, y echando la cabeza atrás la recostó contra el respaldo de la butaca.

De pronto, el timbre del teléfono comenzó a sonar haciendo añicos el pesado silencio del apartamento.

Ella apenas si parpadeó. Dejó que el aparato siguiera llamando, monótono, una y otra vez.

Duró tanto tiempo el sonido que sus nervios comenzaron a tensarse. Al fin se extinguió y entonces pareció que el silencio vibraba también dentro de la negrura.

Siguió esperando, bella, terriblemente hermosa. Durante años había deseado volver a ser ella misma, recuperar su apariencia seductora.

Ahora llegaba el momento.

Transcurrió media hora más sin que nada sucediera. Entonces, el teléfono sonó de nuevo.

Ella sonrió en la oscuridad. Una sensación excitante se extendió por su cuerpo produciéndole un escalofrío.

Sabía que pronto la forma vaga e imprecisa que guardaba en su mente tendría nombre y rostro, y al fin sabría quién era quien debía morir.

En realidad, tardó diez minutos más para saberlo.

Primero, el teléfono enmudeció, como cansado de su inútil llamada.

Después, minutos más tarde, en medio del terrible silencio, la mujer oyó el leve chirrido de un escalón allá fuera.

Clavó la mirada en el espejo delator que había encima de la puerta.

Algo se movió en él...

La mujer fundida en la oscuridad se enderezó levemente en la butaca, los ojos terriblemente fijos en el espejito.

La forma imprecisa tomó cuerpo convirtiéndose en una mujer.

La mujer plantada en el rellano exterior de la puerta, mirando a

su alrededor. Finalmente, levantó el rostro para observar las siglas de la puerta y asegurarse así que era aquél el apartamento que buscaba.

La cara quedó reflejada unos instantes en el espejo.

La cara de la persona que debía morir.

Luego, la mujer del rellano se inclinó y algo resbaló por debajo de la puerta. Un papel, sin la menor duda.

Los ojos brillantes en la oscuridad no se desviaron del espejo.

Ahora ya habían visto y eso era suficiente. No obstante, ella no movió un músculo, sentada allí, rígida y letal como la muerte.

De pronto, la mujer del espejo desapareció y la oyó descender las escaleras hasta perderse el sonido abajo, definitivamente.

Todavía esperó unos instantes antes de levantarse y recoger la pequeña hoja de papel que se había deslizado por debajo de la puerta.

La leyó y su cuerpo se tensó en un espasmo de ira. Estrujó el papel salvajemente entre los dedos, tirándolo hecho una bola. Su aliento silbó, y en la oscuridad produjo el sonido de una serpiente enfurecida.

Hizo esfuerzos terribles para calmarse y regresó a la butaca.

Ahora ya sabía el nombre y sólo faltaba una cosa:

Matar.

Pero debía hacerlo de modo que jamás nadie pudiera sospechar de ella...

Lo había planeado largamente, durante años y años de malvivir y de ignominia, años sucios que ansiaba olvidar cuanto antes.

Sabía cómo hacerlo. Sólo quedaba una incógnita por despejar...

¿Cuándo?

Eso era. ¿Cuándo hacerlo?

Tardó quince minutos en decidirse.

«Esa misma noche», se dijo imperativamente a sí misma.

Y eso fue una sentencia de muerte.

Levantándose, tensa y rígida, recogió su bolso. Llevaba guantes, como siempre que iba a ese apartamento que no había sido para ella más que una trampa preparada para funcionar como lo había hecho.

Salió y ni siquiera se tomó la molestia de cerrar la puerta.

Sabía que jamás iba a volver a esa ratonera. A ese agujero que

había mantenido encendido el fuego de su venganza tanto tiempo...

CAPÍTULO XII

El camarero retiró los últimos platos y preguntó:

—¿Tomarán café, señor?

Kent apartó la mirada del hermoso rostro de Nicole y asintió.

Ella murmuró:

—Secreto por secreto, Kent... Tú primero.

—Me intrigas, linda.

—Quiero saber qué te sucedió. Las huellas de los golpes en tu rostro me excitan. ¿Con quién te peleaste?

—No quiero hablar de esto contigo. Hay otros temas más sugestivos, ¿no crees?

Una lenta sonrisa afloró a los turbadores labios de la muchacha.

—Tú te lo pierdes. Pensaba ayudarte, ¿sabes?

—Ayudarme... ¿a qué, a volverme loco?

—Eso creo que ya sucedió.

—Lo estoy —reconoció él modestamente—. Pero tú tienes la culpa. No pude olvidar el sabor de tus labios desde ayer.

—¿Fue por recordarlos que te peleaste como un marino borracho?

—No me peleé de ese modo. En realidad... ¡Oh, al diablo! Fue una cosa absurda.

—Está bien, no me lo cuentes.

El camarero sirvió las tazas humeantes y durante unos segundos no hablaron, saboreando la infusión.

Después, Nicole dijo:

—Para ser un detective eres poco curioso, Kent.

—Esta noche no soy detective en absoluto. Sólo soy un colegial en su primera cita, recuérdalo...

Ella rió.

—No puedo imaginarte como un colegial. Tu aspecto es de cualquier cosa menos de muchacho nervioso y turbado.

—Pues estoy nervioso, lo creas o no.

—Lo dudo.

—Me vuelves loco, nena. No sigas ese juego o daremos un espectáculo.

—Entonces, dime qué sucedió. Después yo te diré también mi secreto.

—¿Qué secreto?

—No empecemos otra vez. Tú primero.

—Si te lo cuento...

—¿Sí?

—Nada, olvídalo. Eres una dama de ideas fijas sin duda, así que allá va...

Contó rápidamente su aventura de la noche anterior sin entrar en excesivos detalles. Tuvo la satisfacción de ver sobresaltarse a la mujer ante los sangrientos sucesos.

Cuando terminó dijo:

—Estuve hoy en la oficina del teniente Kellerman. Habían conseguido una declaración de los pistoleros detenidos y el caso estaba cerrado y visto para sentencia. Van a juzgarles y yo quedaré al margen del asunto hasta el instante en que deba prestar declaración ante el jurado. Eso es todo.

—Debió ser algo espantoso... Casi siento miedo de ti, Kent. Jamás había cenado en compañía de alguien capaz de... de matar a dos hombres en una carretera solitaria...

—O ellos o yo, era así de sencillo. Y ahora que lo sabes, dime tu secreto y olvidemos este desgraciado asunto de una vez por todas, ¿quieres?

—Ahora pienso que no debí insistir para que me lo contases...

—Ya está hecho.

—Sí, claro. Yo tuve la culpa. Bueno, acabemos —suspiró, mirándole—. Se trata de Sandra.

Él se enderezó de golpe.

—No empecemos con eso ahora —gruñó—. Esa mujer no existe. Murió hace más de cinco años.

—Vive, Kent.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó hoy. Por teléfono, ¿entiendes? Reconocí su voz... es inconfundible.

—No puedo creerlo —rezongó el detective—. ¿Por qué te llamó a ti también?

—Sabía por Claire que yo me encargaba de convocar a las chicas del grupo. Hemos de organizarlo todo, ¿comprendes? Bueno, me dijo que iba a reunirse con nosotras, por supuesto. Incluso me dio su dirección por si la necesitaba antes.

El casi saltó fuera de la silla.

—¡Repítelo!

—Ya sabía que eso «sí» te interesaría...

—¿De veras tienes sus señas?

—Sí.

—Entonces, primor, ¿a qué esperamos?

Ella asintió resignadamente.

—Y decías que esta noche no eras detective, ¿eh?

—Sólo el tiempo de comprobar si se trata de una impostora o no.

—¡Es Sandra! —afirmó Nicole—. Reconocí su voz sin ningún género de duda. Después hablé con Claire y ella también me aseguró que quien habló con ella por teléfono era Sandra. Estuvo de acuerdo conmigo en que era la inconfundible voz de Sandra, Kent.

—Si fuera cierto, entonces la cosa sería todavía más extraña. Vamos.

Se levantó y llamó al camarero. Pagó la nota dejando mucho más dinero de propina del que hubiera dado en otras circunstancias.

Ella se colgó a su brazo para seguir su rápido ritmo de marcha por la acera, hasta donde habían dejado el coche.

—¿Qué harás si se trata de Sandra, como yo creo? —preguntó, al sentarse en el auto.

Él se inclinó ante el volante.

—Simplemente, le pediré que se identifique, le diré que tiene setecientos mil dólares esperándola en el despacho de los abogados y el caso habrá terminado para mí.

—¿Y después?

El ladeó la cabeza y la observó con multitud de chispas en sus ojos.

—No preguntes estas cosas, nena. Suceden y eso es todo.

—¿Qué cosas?

Inclinó la cabeza y apresó unos instantes sus labios.

—Respetemos la incógnita hasta entonces —murmuró al erguirse.

Hubo un chillido de frenos y un estrépito de cláxones y gritos. Entonces advirtió que casi se había estampado contra otro auto, y todos los que seguían se habían visto obligados a detenerse.

Ella murmuró:

—Hazlo otra vez y nos matamos...

—Sería un modo delicioso de morir, si te detienes a pensarlo.

Ella le repitió las señas, pero hubo de preguntar varias veces a otros tantos guardias para localizar la calleja.

Dejó el coche en la esquina y se detuvo, mirando el negro agujero que era el callejón.

—¿Estás segura que fue ésta la dirección que te dio?

Ella asintió.

—Lo tengo anotado aún...

—Pues no lo entiendo. Debía estar en muy mala situación económica para vivir en este vertedero. Y ella sabía que tiene una fortuna esperándola, y que los abogados estaban dispuestos a adelantarle dinero a cuenta...

—Vamos, terminemos de una vez ya que estamos aquí.

Él le rodeó la cintura con su brazo y se internaron en el estrecho pasaje.

—Ésta es la casa... y tampoco parece un palacio que digamos —comentó Kent.

Inesperadamente, abrazó a Nicole, murmurando:

—Eso por si después no tenemos demasiado tiempo...

—¡Kent! ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

Sus labios se unieron, y esta vez sin prisa alguna.

Poco a poco, Nicole subió sus brazos y los enroscó tras el cuello del detective, abandonándose a la caricia sin fin, sintiendo un emocionado placer como jamás experimentara.

Fue una eternidad antes de sentirse libre otra vez, jadeando suavemente.

—Salvaje... —musitó.

—Bueno.

—¿Dónde aprendiste a besar así?

—Eso mismo estaba yo preguntándome. Deja que lo repita para

ver si lo recuerdo...

—¡Quita! Estás trabajando, detective, ¿recuerdas?

—Está bien, está bien, no necesitas mostrarte tan condenadamente eficiente.

Ambos entraron en la casa. Una escalera mal alumbrada, con peldaños de madera que crujían de vez en cuando.

Y un rellano y una puerta abierta.

—¿Es ésta? —inquirió Kent.

Nicole consultó la dirección que llevaba anotada.

—Sí, Kent...

—Entonces, tu amiga es una dama muy descuidada. Ni siquiera cerró la puerta.

La empujó a un lado y luego abrió del todo aquella puerta, que le mostró un interior oscuro como la tinta.

—¿Hay alguien ahí? —Gruñó.

No obtuvo respuesta. Tanteó la pared hasta encontrar la llave de la luz y le dio vuelta.

Ante él apareció un vestíbulo desnudo de muebles, excepto una butaca colocada justamente frente a la puerta.

—Que me cuelguen... —refunfuñó.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Nicole dio un respingo.

—¡Qué cosa más extraña! ¿Qué hace esa butaca ahí, en mitad del paso?

—No me lo preguntes a mí, querida.

Entraron. El apartamento no mostraba señal alguna de haber estado habitado en mucho tiempo. Había polvo por todas partes, y ni un detalle de calor humano.

—Si fue ésa la dirección que Sandra te dio, te tomó el pelo, cariño. Aquí no ha vivido nadie en años.

—Pero... ¿por qué lo haría?

—Eso no lo sé aún, pero te aseguro que lo averiguaré. Ahora es cuando este asunto adquiere un interés insospechado.

—Por favor, Kent...

—¿Qué?

—Vámonos de aquí. Yo... tengo miedo.

—¿Miedo? No seas absurda. ¿Miedo, de qué si estamos solos?

—No lo sé, es algo inexplicable, una sensación... Por favor, sácame de aquí.

—Está bien.

Volvieron atrás, y fue al llegar al vestíbulo que Kent descubrió el espejo sobre la puerta.

Se detuvo en seco, mirándolo. Desde aquel ángulo solo veía un trozo de pared reflejado en él.

—Qué extraño —murmuró.

De pronto, se dejó caer sentado en la butaca y sintió un escalofrío culebrearle por la espalda.

—Nicole, querida, ¿quieres salir al rellano y cerrar la puerta? —pidió.

—¿Qué yo sola salga ahí fuera?

—No pasará nada. Haz lo que te digo, por favor. Esto adquiere matices insospechados y que no me gustan en absoluto. Por favor —repitió.

Ella titubeó, pero acabó por salir. Sólo entornó la puerta, sin dejar que encajara el pestillo.

Pero fue suficiente. Kent la vio reflejada claramente en el espejito.

Levantándose, dijo:

—Ya puedes entrar, Linda.

Ella empujó la puerta. Kent estaba rígido, reflexionando a toda presión, tratando de desentrañar la extraña sospecha que bullía en su mente.

Nicole no se atrevió a pronunciar palabra, entre otras razones porque estaba asustada, sin saber por qué.

De pronto, él murmuró:

—Una ratonera, ni más ni menos.

—¿Qué dices?

—Este apartamento... era una trampa. ¿Te imaginas? Esa mujer debió pasarse horas y horas, día tras día quizá, sentada ahí, en ese butacón, esperando... como una araña a la mosca.

—¿De qué estás hablando?

—Y la trampa funcionó al fin... por eso ni siquiera atinó a cerrar la puerta. Cuando salió sabía que nunca más iba a volver aquí...

—¿Sandra?

—Ella o una impostora. Vamos.

Rodeó la butaca para abandonar el apartamento y entonces descubrió la bolita de papel junto a la pared, más allá del portal.

Lo recogió, desdoblándolo con cuidado.

Unos renglones escritos con lápiz y utilizando solo mayúsculas aparecieron ante sus ojos.

—¡Mil diablos, ya lo tengo! —jadeó después de leerlo.

Nicole se aferró a su brazo.

—¿Qué es? —inquirió bajito.

—Lee.

Y ella leyó:

«Estaba segura que darías señales de vida, querida. Vas a cobrar una fortuna y quiero la mitad. Trescientos cincuenta mil dólares. Tienes siete días para conseguirlos. Estaré vigilándote todo el tiempo, y todavía guardo las pruebas. Hasta pronto, Sandra, querida».

—¡Kent! —exclamó Nicole.

—Chantaje. Por eso Sandra preparó esta trampa. Seguramente deslizaron esta nota por debajo de la puerta y ella estaba aquí, en la oscuridad, vigilante como una gran araña. De modo que ahora ya sabe quién convirtió su vida en un infierno.

—¿Quién pudo ser, Kent?

—No lo sé, nena. Pero sea quién sea es una mujer, y a estas horas posiblemente esté muerta.

La muchacha se estremeció.

—Es horrible... ¿Sandra?

—Sí, pequeña. Ahora comprendo que Sandra se quedara sin un centavo pocos días después de enviudar. Pidió dinero prestado al agente teatral y éste se lo negó... no debió ser muy agradable la vida para ella.

—¿No podemos hacer nada, querido? La policía... o...

—Es inútil. Sandra dará señales de vida cuando vaya a cobrar ese dinero... pero para entonces ya estará convertida en una asesina. Suponiendo que no lo sea ya.

—¡Oh, Dios!

El plegó el papel cuidadosamente. Sabía que aquello sería una prueba muy importante para la policía y debía guardarlo.

Entonces algo pareció estallar en su mente, algo como un chispazo que puso hielo en sus venas.

—¡No...! —jadeó sin voz.

—¿Qué ocurre?

Frenéticamente, comenzó a revolver todos sus bolsillos hasta que encontró lo que buscaba.

La hojita de papel en la que Claire Benedit había escrito los nombres y direcciones de las muchachas del grupo.

Desdobló la nota del chantaje.

Eran idénticas.

El papel era igual, arrancado de una libretita de notas. La única diferencia estaba en la letra, normal en una, y en mayúsculas en la otra.

—¡Claire! —murmuró, estupefacto.

—¿Ella...?

La voz de Nicole se extinguió.

Sin replicar, él la tomó de la mano y se lanzó escaleras abajo.

Corrió por la calleja hasta la esquina donde dejara el coche, y rápidamente salía disparado haciendo trizas todas las normas del código de circulación.

CAPÍTULO XIII

—¡Quédate aquí! —ordenó Kent, saltando del coche.

—¡No puedo quedarme aquí sola, esperando algo terrible!

—Puede haber peligro. Esa mujer, si ha matado, no se detendrá ya ante nada. No quiero que corras riesgos, nena. Eres lo más importante del mundo para mí.

—Pero ¿y tú?

—Yo he hecho esa clase de trabajo durante años, querida.

Inclinándose, la besó suavemente en los labios. Cuando se enderezó ella preguntó con un hilo de voz:

—¿Vas armado por lo menos?

Se estremeció.

—Sí —murmuró—. Y con el revólver que ella me dio.

—¿Ella?

—Creo que sí. Espérame aquí, pequeña, y no te muevas.

Corrió hacia la casa, saltó la verja de madera y atravesó el pequeño jardín como un rayo.

Había luz en una ventana, pero todo lo demás permanecía a oscuras.

Escuchó con el oído en la puerta. Oyó el confuso rumor de voces y suspiró.

Pulsó el timbre frenéticamente.

—¡Abra! —gritó—. ¡Abra usted, Sandra!

Las voces callaron, pero nadie se acercó a la puerta.

Después, apagada, la voz de la mujer dijo:

—¡Váyase de aquí, quien sea!

—Kent... Soy Alan Kent. Abra, no sea usted loca.

—¡Usted...!

—¡No lo haga, muchacha!

—Es demasiado tarde. De cualquier modo, márchese... ¡Por favor!

Kent retrocedió. Sus pies hicieron chirriar la grava del sendero.

Corrió hacia la ventana iluminada, pero los cortinajes interiores impedían ver nada.

Tomó impulso y sin reflexionar se lanzó en un frenético salto contra la cristallera.

Hubo un estallido de cristales y se encontró envuelto en las cortinas, manoteando como un loco mientras rebotaba contra el suelo.

Oyó el tremendo estampido de una pistola y un grito.

Rugió de impotencia y al fin logró librarse del envoltorio de tela y mirar a su alrededor.

Claire estaba caída de rodillas, con las manos angustiosamente engarfiadas en su estómago. La sangre se deslizaba lenta entre los dedos.

—¡Lo hizo...! —jadeó, espantado.

—Lo deseé durante siete años —dijo una voz desde la puerta de la estancia.

Ladeó la cabeza y se encontró mirando el negro cañón de una pistola que parecía demasiado grande en aquella fina mano enguantada.

—Sandra...

—Yo soy.

—O Marge si lo prefiere.

Ella dio un respingo.

—¿Cómo...?

—El cabello y ese soberbio maquillaje la cambian por completo, pero es imposible disimular sus ojos, querida. Ni sus piernas. Tuve tiempo de admirarlas cuando estaba tumbado en el suelo.

Ella se estremeció.

—Tenía que hacerlo —murmuró—. Ella... maldita...

Claire sollozó:

—¿No va a llamar a un médico, Kent...? ¡Estoy desangrándome...!

El sintió tentaciones de decirle que ningún médico podía hacer nada por ella. Una bala de aquel calibre, destrozándole las entrañas...

Era inútil.

No obstante, fue Sandra la que dijo:

—Kent no puede llamar a nadie, «querida»... Te morirás poco a poco y cuando todo haya terminado...

—¿Qué, me pegará un tiro también? —Gruñó el detective—. Es su única oportunidad de salvarse.

Ella le miró largamente.

—Le salvé la vida, ¿recuerda? —murmuró—. Le di mi revólver para que tuviera una oportunidad de salvarse...

—¿Y...?

—Ahora puede devolverme el favor. Su vida a cambio de la mía.

—No es posible, Sandra. No resultaría. Ni para mí ni para usted.

—No, sospecho que no.

—¿Por qué no pidió ayuda a la policía cuando empezó este asunto, muchacha? Son comprensivos con las víctimas de chantaje... respetan su secreto, casi siempre.

—¿Incluso tratándose de las pruebas de un crimen?

—¿Qué dice?

—Yo maté a mi marido... para quedarme con su herencia. Era un depravado y todo el mundo lo sabía. Hizo desgraciadas a infinidad de muchachas, pero yo las vengué. Y ésa... Claire espiaba y sacó fotos. ¿Cree usted que la policía habría respetado ese secreto?

El amargo sarcasmo de su voz causó un escalofrío al detective.

—Ya veo...

—¡Ella me obligó a una vida sucia y vil! —estalló de pronto, perdiendo la serenidad por momentos—. No pude pedir un trabajo decente porque debía identificarme, presentar documentos. Y ella me hubiera encontrado para seguir arrebatándomelo todo. Por eso hice lo único para lo que no se necesita ninguna documentación. Esos hombres, delincuentes de altura, tahúres y granujas, no pedían más que caricias a cambio de darme seguridad. Y así esperé siete años, Kent...

—Lo sé. Comprendo todo lo que ha pasado usted. Incluso ahora me doy cuenta de cómo la policía la confundió con un cadáver.

—Aquello fue una casualidad... yo presencié el atropello. Obré por puro instinto y arrojé mi bolso en los primeros instantes de confusión, llevándome el de la mujer muerta. Pero no resultó. Esta maldita perra ni siquiera se enteró del accidente. No leía periódicos... ¿No es para reírse, Kent?

Éste permanecía tenso, observándola. La pistola seguía fija apuntándole, pero la mujer se desmoronaba por instantes.

Ladeó la cabeza y se encontró con los desorbitados ojos de Claire fijos en él.

La voz de la moribunda fue un largo quejido cuando sollozó:

—¡Haga algo... por piedad... no puedo soportarlo más...!

—¡No se mueva, Kent! —rugió Sandra—. Quiero que muera.

—¿Cómo murió Linda Angel?

—¡Pregúntele a Claire antes de que muera, pregúntele!

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo comprende? Fue ella... ¡Ella! Linda supo la verdad...

Él se volvió hacia Claire.

—¿Es cierto? —preguntó.

—¿Y qué... qué importa ahora? ¡Ayúdeme...! ¡Ese horrible... este dolor...!

Poco a poco, volvió la cabeza. En el silencio sólo turbado por el ronco jadeo de Claire, creyó oír el suave chirrido de la grava allá fuera y se estremeció.

«¡Nicole!», pensó, angustiado.

—Sandra —murmuró, dominándose.

—No se mueva...

—Deme esa pistola. No puede seguir matando gente sabiendo que no se salvará, que tarde o temprano la cazarán...

—No quiero matar a nadie más... a menos que usted me obligue.

Entonces, el sonido junto a la ventana fue más claro. Coincidió con el instante en que Claire lanzó un alarido y se desplomó, sacudida por débiles convulsiones.

Pero Sandra también había escuchado el rumor de la grava y se volvió como un rayo apuntando a la ventana.

Todo sucedió en un segundo. El rostro asustado de Nicole asomando por encima del alféizar, el grito de Kent y su salto, que le llevó hasta Sandra a la que derribó con su empuje.

Ambos rodaron en confuso montón. Un golpe brutal en la muñeca le arrancó la pistola, que cayó al otro lado del cuarto.

—¡Ya basta, Sandra! —gritó, soltándola.

Se levantaron casi al mismo tiempo, mirándose fijamente.

Nicole exclamó:

—¡Kent! ¿Estás bien?

—Vuelve al coche y espera... eso no es cosa tuya.

—Pero...

—¡Vete!

Con un sollozo, Nicole obedeció.

Kent fue a buscar la pistola y se la embolsó.

—Ahora, Sandra, ya sólo queda llamar a la policía.

—Supongo que no sirve de nada que yo arriesgara mi vida para salvar la suya. Si Galesy hubiera descubierto mi revólver en su poder me hubiera matado...

—Lo sé.

—Está bien, llámelos y terminemos de una vez.

Él sonrió.

—No crea que me gusta hacer esto... ¿Quiere salir fuera mientras telefono?

—¿Qué?

—Voy a pagarle el favor, Sandra. Váyase, eso es todo.

—¿Sabe lo que está haciendo, Kent?

El asintió.

—Lo sé con tanta seguridad que no dudo de cómo acabará este asunto. Ahora váyase.

—¿Y no me delatará?

El dio un vistazo a Claire. Había muerto.

—No —murmuró—. Diré que he llegado aquí cuando ella ya había expirado y que no sé quién lo hizo. Pero usted no irá lejos, Sandra.

—¿Por qué cree eso?

—Porque ha vivido siete años de infierno soportándolo todo, angustiada y con el remordimiento de un crimen en su mente. Ahora, habrá de sufrir el remordimiento de esta otra muerte y no creo que pueda vivir otros siete años con eso encima.

—Ya veo...

Empezó a retroceder hacia la puerta. Él le volvió la espalda y descolgó el teléfono. Habló con el teniente Kellerman y escuchó la catarata de aullidos que el policía soltó al saber que había otro cadáver esperándole.

—Lo siento mucho —gruñó Kent—. Ella me llamó, pero llegué tarde. Estaré aquí, esperándole, Kellerman.

—¡Seguro que estará ahí! No lo haga y le encerraré acusado de

siete cargos diferentes...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. Kent suspiró, colgó el auricular y encendió un cigarrillo.

La voz de Sandra, extrañamente suave, dijo a sus espaldas:

—¿No tendría un cigarrillo para mí, Kent?

Se volvió. La mujer estaba sentada en el diván y le miraba con sus enormes ojos húmedos y brillantes.

—¿Qué diablos está haciendo aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—Usted gana. No creo que pudiese soportarlo. Deme ese cigarrillo, ¿quiere?

El asintió y le ofreció el que estaba encendido. Prendió otro para él y se acercó a la ventana. Nicole, una confusa mancha en la oscuridad del jardín, estaba medio oculta tras el tronco de un árbol.

—¡Nicole! —llamó.

Ella corrió hacia la ventana.

—Vete a casa, pequeña —dijo Kent—. Me reuniré contigo cuando haya podido librarme de los polizontes.

—Pero, Kent... ella...

—Necesita una pequeña ayuda hasta que el teniente comprenda la situación. Yo debo ser esa ayuda. Le debo la vida, nena.

Ella asintió.

—Ten cuidado, amor —musitó tan solo.

La besó a través de la ventana. Luego, Nicole se esfumó en la noche.

Al volverse, Sandra estaba mirándole. Las lágrimas se deslizaban suavemente por sus mejillas.

—Usted lo encontró, Kent... —susurró.

—¿Qué?

—El amor... usted y Nicole. No dejen que muera alguna vez la pasión que les une ahora, créame.

—Lo recordaré, Sandra.

—Y ahora hableme. De cualquier cosa, no importa lo que sea... No quiero pensar... no pensar en nada...

El dominó la angustia que le atenazaba y comenzó a hablar. Nunca supo de qué, pero habló, y ella casi llegó a sonreír.

Después, la rutina policíaca.

Y amanecía cuando Kent llegó al apartamento de Nicole,

temiendo que ella no quisiera ni siquiera oírle a semejantes horas de la mañana.

Pero se equivocó una vez más.

O quizá no, porque realmente no fue oírle lo que ella hizo, sino que enroscó sus brazos en torno a su cuello y ya no hubo palabra alguna.

Para besar, y amar, no se necesitan palabras. Ése fue un descubrimiento que ambos hicieron aquella madrugada...

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

